figuras y episodios de la historia de méxico

Alfonso Trueba

Fray Pedro de Gante

2a. EDICION

No. 18
$ 4.00

Editorial

Opinión del Maestro Don José Vasconcelos

JOSE VASCONCELOS
BIBLIOTECA MEXICO
PLAZA DE LA CIUDADELA NUM. 6
MEXICO, D. F.

Junio 3 de 1954

Sr. Don ALFONSO TRUEBA.
Editorial "Campeador".
C i u d a d .

Muy estimado amigo:

Lo saludo con emoción, la emoción rara de descubrir a un escritor de cepa. Al abrir el paquete postal que traía sus cuadernos, dí con el de Hernán Cortés: excelente, y esto ya me obligó a continuar la lectura. El folleto dedicado a Santa Ana está escrito con brillantez, valentía veracidad y dramatismo. La influencia del poinsettismo en todo el proceso, está presentada con una franqueza única. En lo que yo conozco de história aun escrita por los conservadores, parece haber ignorancia o temor de señalar la influencia masónica; usted la apunta con sencillez; todo eso de la "quinta columna" formada por yorquinos, es de una lucidez ejemplar.

Toda felicitación me parece corta. Todo está escrito con una pasmosa libertad de expresión y por lo mismo resulta fuerte y convincente. Me pregunto, ¿de dónde ha salido usted?. Lo único que me parece por el momento, necesitado de corrección, es la forma de lanzar todas estas verdades deslumbradoras en folletos necesariamente desligados uno del otro. Es urgente ligarlos en volumen coherente, pero de todos modos, y tiempo habrá para esto, lo que quiero es enviarle mi felicitación más calurosa. Confío en que he de conocerle. Hace tiempo tengo en la cabeza un plan para un libro continental que sólo una persona como usted puede llevar adelante.

Me suscribo su amigo y S. S.

José Vasconcelos

ALFONSO TRUEBA

Fray Pedro de Gante

(2a. EDICION)



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1959

Primera Edición.—México, D. F., Febrero de 1955. Figuras y Episodios de la Historia de México.—2,000 ejemplares.

Segunda Edición.—México, D. F., Noviembre de 1959. Figuras y Episodios de la Historia de México.—3,000 ejemplares.

Acabóse de imprimir el día 30 de diciembre de 1959, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo No. 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.

MI OFICIO ES PREDICAR Y ENSEÑAR DIA Y NOCHE. EN EL DIA ENSEÑO A LEER, ESCRIBIR Y CANTAR: EN LA NOCHE LEO DOCTRINA CRISTIANA Y PREDICO. *FRAY PEDRO DE GANTE.* (Carta a los religiosos de Flandes, de 27 de junio de 1529).

ESCINDIR —o rescindir— el pasado del futuro es una operación, si factible, catastrófica, porque la escisión o rescisión es un quebrantamiento de la continuidad histórica, un romper el hilo de las generaciones que anula —esto es, convierte en nada— todo lo que nuestros mayores lograron en largos años de creación, de trabajosa creación.

México ha querido escindir su liga —su obligación y obligadura— con los mayores, y ha intentado empezar hoy su tarea, desperdiciando, tonta, estúpidamente, el quehacer ya objetivado que consumaron los antecesores.

Un día —hace varios siglos— comenzó la lenta elaboración de nuestro ser nacional. Ese día se trazó una ruta, se abrió un cauce por el que habrían de rodar las aguas históricas. El cauce se ahondó con el correr del tiempo. Pero perdimos de vista el punto de partida, el origen, el sitio en que brotó nuestro destino, y con ello perdimos la orientación de nuestros pasos. Fue en el siglo XIX. Entonces sufrimos terrible confusión. Al cruzarnos con otros pueblos hallamos uno al que atribuimos mayor aptitud para vencer en la vida, y pretendimos seguirlo, abandonando el cauce ya labrado. No advertimos que el origen de ese pueblo y el nuestro eran no sólo diversos, sino adversos. No nos detuvimos a pensar que ellos —los que imitábamos— comenzaron con una sociedad anónima, que los Padres Peregrinos *suscribieron acciones de una compañía comercial; y que, en cambio, nosotros habíamos comenzado con una misión. Que ellos iban a crear un imperio con el ejercicio del comercio, y que nosotros íbamos a extender el que ya teníamos con la propagación de la fe. Que ellos buscaban la acumulación de dinero y que nosotros negábamos la eficacia del*

dinero para afirmar el alma. Que, en fin, unos vinieron en pos de lo que no tenían, y que nuestros Padres dejaron todo lo que tenían para hallar lo único que faltaba: Dios. En resumen: que el pueblo que imitábamos nació de la Reforma, y los nuestros de la Contrarreforma.

Comprar y vender cualquier cosa —ron, tabaco o esclavos—: ésta era su filosofía y su evangelio. Comprar barato y vender caro. Nuestra filosofía era opuesta. La personifica fray Pedro de Gante. Fue la negación del lucro, y por tanto, del capitalismo. Perteneció a una familia de reyes, lo tuvo todo. Y todo lo dejó para consagrar su vida a los pobres y necesitados, entre los que anduvo 50 años, predicándoles y enseñándoles, sin poseer más bienes que su hábito remendado.

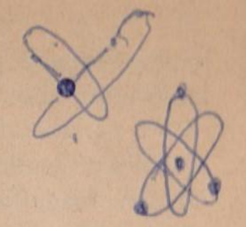
Fue uno de los que trazaron un camino en el suelo de México. Nos dejó una teoría de la vida, un sistema de valores. No dijo: todo hombre tiene derecho a la búsqueda de la felicidad, sino: todo hombre tiene derecho a salvarse. No importa que sea pobre, rico, negro o verde. Tiene un alma, y es alma inmortal, valiosísima, redimida al precio mayor que el hombre puede pagar: la sangre de Dios mismo.

Sobre estas bases se construyó una civilización, la nuestra, la mexicana. Bella, espléndida civilización, florecida al mismo tiempo en todo el continente.

Cuando nos pareció caduca la teoría de nuestros Padres, entonces verdaderamente empezamos a equivocarnos. Y hemos sufrido en carne viva el dolor de esta equivocación.

Al reconstruir en este breve y deshilvanado trabajo los rasgos de Fray Pedro de Gante pretendemos, no sólo recrearnos en la belleza del personaje, sino redibujar en el plano de nuestros destinos el camino que nos trazó.

El encantador lego flamenco es una figura viva, al cabo de cuatro siglos. Permanece su lección sobre todas las catástrofes porque encierra lo que de permanente y eterno hay en el hombre.

ERA EL RENACIMIENTO. Era una edad alucinada y tumultuosa. Las naves descubridoras habían desvanecido la sombra del misterio que encubría los océanos. Ante los ojos del hombre europeo revelábase, bajo una luz dorada, la otra mitad del planeta. Iban y venían aventureros por los caminos recién abiertos del orbe nuevo. La noticia de expediciones y conquistas estupendas se difundía por todas partes y excitaba el afán de correr aventuras.

El vino viejo de las civilizaciones paganas, trasegado en odres nuevos, embriaga el espíritu de Occidente. Hay una clamorosa determinación de gozar la vida con todos los sentidos, del modo más intenso. La Edad Media había enseñado la vanidad de los placeres terrenos, la renunciación y el sacrificio. El Renacimiento borra y olvida esta enseñanza y llama al hombre a tomar parte en la orgía que presiden los dioses alegres, entre el sonar de los timbales y el canto de las flautas.

El martillazo que da Lutero en la puerta de una iglesia de Wittemberg en octubre de 1517 anuncia la explosión que hará saltar en pedazos la secular unidad de la Cristiandad. La Europa romana en su civilización y católica en su fe, se desplomará al golpe de este martillazo, y sobre sus ruinas se erigirá el mundo moderno, contradictorio, nacionalista, sectario, que llevó en sí desde su origen los gérmenes del áureo imperio plutocrático que hoy despliega su poder sobre la tierra.

La ciudad de Gante, en el próspero e industrioso país de Flandes, es una imagen abreviada de este mundo sonoro y frenético del Renacimiento. Como Londres, Bristol, Lyon o Arras, es Gante una ciudad en la que los príncipes, la nobleza y la poderosa clase

media formada por grandes mercaderes ofrecen un conjunto fastuoso y brillante. Terciopelos, rasos, tapices maravillosos, utensilios de oro y plata labrados por la mano maestra de Benvenuto Cellini, muebles de maderas preciosas, palacios que son poemas en piedra, jardines magníficos, música de laúdes, perfumes: todo esto forma el ambiente de esta ciudad flamenca en las primeras décadas del siglo XVI.

Justo al alborear este siglo nace en Gante un príncipe llamado a extender su imperio sobre una inmensa porción del globo. Se llama Carlos y es hijo de Juana de Castilla y de Felipe I *el Hermoso,* nieto, por tanto, de los Reyes Católicos y de Maximiliano I, emperador de Alemania. Se educa en Flandes, bajo la dirección de Adriano de Utrecht, futuro Papa. A los 16 años, por incapacidad de su madre, se encuentra rey de España, Nápoles, Sicilia y las tierras españolas de América. Al morir su abuelo paterno es electo emperador (1519) y se convierte en el soberano más poderoso de Europa: Carlos I de España y V de Alemania.

La elevación de Carlos a la cumbre de la realeza debió alegrar a sus allegados. Entre éstos hay una persona mayor en unos veinte años al gran príncipe. Su nombre es *Peeter Van der Moere,* o *de Muer,* o *Pedro de Mura,* como él mismo se llamaba. Nació alrededor de 1480 en Ayghem-Saint Pierre, suburbio de la ciudad de Gante. En qué grado era pariente de Carlos es algo que todavía no se averigua. Un historiador que pudo conocerlo de niño [1] dice que era primo. Lo más probable es que fuese descendiente directo de uno de los antepasados de Carlos, bien de Maximiliano I, o del padre de éste, Federico III. Sería, pues, tío del Emperador [2].

Lo único hasta hoy bien comprobado es que el parentesco que tenía con Carlos V era estrecho. En una de sus cartas al Emperador dice: *"Justa cosa es que se me conceda la merced... y dame*

[1] Ixtlilxóchitl, *Décimatercia Relación,* ed. Bustamante, p. 60.

[2] Chávez, Ezequiel A., *El ambiente geográfico, histórico y social de Fr. Pedro de Gante,* caps. III y XIII.

atrevimiento ser tan allegado de V. M. y ser de su tierra" [3]; y en una breve relación de varios sucesos es más explícito: *"Pues que V. M. e yo sabemos lo cercanos e propincos que somos, e tanto, que nos corre la mesma sangre..."* [4]

Siendo, como era, de sangre real, debió recibir educación esmerada. Afírmase que hizo sus estudios en la Universidad de Lovaina, de donde salió aprovechado discípulo. Esto no lo dicen autores antiguos, pero es de admitirse, porque si hubiera carecido de estudios, como otros afirman, no se le habría propuesto que se ordenase sacerdote, y mucho menos la dignidad episcopal.

Por él mismo sabemos que desde muy joven se empleó en el servicio de la corona, según la carta que escribió en 1558 a Felipe II, en que hallamos estas palabras: *"Dende muy mozo, siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la corona real, antes de mi conversión"* [5].

Debemos entender, pues, que antes de tomar el hábito religioso —eso indican las palabras "antes de mi conversión"— nuestro personaje desempeñó oficios correspondientes a su elevado origen.

UN MUNDO Y UN CAMINO

Carlos fue de Flandes a España en 1517. Era entonces un adolescente enfermizo y melancólico, dócilmente entregado a la voluntad de ayos y ministros que por él nombraban otros. Su corte era flamenca, y con ella se embarcó para dirigirse a la que sería su segunda patria.

La flota real se compuso de cuarenta soberbias naves. El brillante séquito del joven rey estaba formado por unas 400 personas. Entre ellas iba, seguramente, Pedro de Mura, hombre entonces de unos 35 años.

[3] *Cartas de Indias,* p. 99

[4] González de Vera, *De los primeros misioneros en Nueva España,* en *Revista de España,* año I, t. III, No. 11 (Madrid, 15 de agosto de 1868).

[5] Gante, Fr. Pedro de, *Carta a Felipe II.* 23 de junio de 1558. Publicada por *Revista de España,* año I, t. III, p. 387.

A los 12 días de navegación llegó la flota a puerto español (Villaviciosa de Asturias). Los castellanos recibieron al rey flamenco y su séquito de extranjeros sin mostrar alborozo, pero tampoco desconfianza. Su comportamiento indicaba prudente reserva.

Hallábase en España, a donde acababa de llegar, el clérigo Bartolomé de Las Casas, ocupado ya en el negocio al que consagraría su vida entera, esto es, la libertad de los indios. Años atrás había comenzado sus gestiones ante la Corte en favor de su causa. Muerto el rey Fernando, hízose cargo del gobierno, en ausencia del príncipe don Carlos, el egregio Cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, alta gloria de España, ante quien Las Casas expuso pormenorizada y excesivamente los males que sufrían los indios, y ofreció el remedio. También comunicó el negocio con el embajador del príncipe don Carlos, Adriano de Utrecht. Oída la opinión de personas tan sabias como el doctor Palacios Rubios, el doctor Carvajal y el licenciado Zapata, decidió el Cardenal encomendar a Las Casas que trazara un proyecto de organización del gobierno de los indios, de manera que su libertad quedase asegurada.

No es éste el lugar de referir las incidencias de este negocio. Nos limitaremos a decir que aquellos hombres del Renacimiento concibieron una idea conforme a su época, es decir, acordaron construir una *Ciudad del Sol* o una *Utopía* en América. Los planos de esta obra son las célebres *Instrucciones* del Cardenal Cisneros a los frailes jerónimos encargados de venir al nuevo mundo a remediar los males que Las Casas había expuesto.

Los constructores de la nueva sociedad trataron de erigirla en Santo Domingo. Con ellos volvió Las Casas, quien luego entró en dificultades con los ejecutores de su idea, y mal contento el inquieto clérigo, regresó a España, seis meses después de haberla dejado, con el propósito de exponer ante el rey sus quejas. Llegó Las Casas a Sevilla en julio de 1517. Dos meses después Carlos I pisaba tierra española, y con él su deudo Pedro de Mura.

El Padre Las Casas fue luego en busca del Cardenal Cisneros, a quien halló, muy enfermo, en la Villa de Aranda del Duero.

Entonces marchó a Valladolid, a esperar la venida de Carlos, e informado de que los negocios *"el rey tenía puestos en las manos y prudencia del gran canciller"*, que era un flamenco docto en ambos derechos, Las Casas trató de acercarse a él y exponerle su asunto. Obtuvo al fin que lo oyera, y el clérigo *"le hizo larga relación de la perdición destas gentes, despoblación destas islas y estragos y matanzas crueles que se habían en ellas hecho y cada día se hacían"*. El canciller comenzó a dar crédito al clérigo en lo que le decía [6].

Cuando Las Casas había logrado interesar en su negocio al gran canciller, éste murió, porque *"como era hombre de muchas carnes y abundaba en sangre y no lo sangraron con tiempo, así la sangre le ahogó"*. Mas el tesonero clérigo movió entonces en favor de su causa a otros caballeros de la corte del rey, y él mismo nos refiere que:

como entre los caballeros flamencos que servían al rey se tuviese noticia del clérigo (Las Casas) y de los negocios que pretendía, y después de la muerte del gran chanciller no viesen que sonaba, hobo hombre dellos, movido por sola virtud y con celo de lo que oía decir, que el clérigo procuraba la libertad y remedio de las gentes, que lo deseaba ver y cognoscer y saber dél a la larga lo que sus negocios contenían, y así lo andaba a buscar y rogaba a otras personas que si lo viesen le rogasen de su parte se dejase ver y cognoscer dél, porque había días que lo deseaba [7].

Las Casas se dejó hallar pronto y habló largamente con el caballero flamenco de lo que pasaba en Indias. El caballero *quedó espantado de tanta maldad y crueldades y disminución de tantas gentes.*

Nos dice el mismo Las Casas que *"aquel caballero era discreto, pío y buen cristiano y estimado del rey y de toda su casa real y luego derramó por muchos la causa. Se llamaba mosior de*

[6] Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, lib. III, cap. 99.
[7] *Ib.*, cap. 104.

La Mure, sobrino de mosior de Laxao, sumilier del rey, muy querido, y más que otro ninguno su privado" [8].

Pues bien: un hombre discreto, pío y buen cristiano, estimado del rey y de toda su casa real y llamado *"mosior de La Mure"*, no podía ser otro que Peeter Van der Moere, o de Muer, o Pedro de Mura, es decir, la misma persona conocida universalmente por el nombre de Fray Pedro de Gante.

Fue don Ezequiel A. Chávez quien estableció la identidad entre este "mosior de La Mure", citado por Las Casas en su historia y fray Pedro de Gante [9]. Sabemos por éste que "dende muy mozo" se ocupó en cosas tocantes al servicio de la corona real, que era muy allegado al Emperador, y que su nombre flamenco derivó en Mura. Estos datos bastan para identificarlo con el caballero a que alude Las Casas en su relato.

Aceptamos, pues, como un hecho cierto, que el caballero flamenco Pedro de Mura buscó al clérigo Las Casas para saber de él lo que pasaba en Indias, que lo escuchó con grande interés y que profundamente le impresionaron las noticias que Las Casas le comunicó acerca de las crueldades que padecían los indios.

De estas conversaciones con Las Casas surgiría en el caballero Pedro la decisión de emplear su vida en el servicio de la desamparada gente cuyos males le había descrito con tan fuertes colores el Padre Bartolomé; tal vez entonces haya empezado a operarse lo que él llamó "su conversión". Un mundo de débiles creaturas menesterosas se abrió ante sus ojos; un mundo y un camino para su alma.

LA ELECCION

No se sabe cuándo ni dónde tomó el hábito de San Francisco. Seguramente después de su visita a España, y en el convento de su patria. Las circunstancias en que determinó hacerse religioso, fácilmente podemos reconstruirlas.

---

[8] *Ib.*

[9] Chávez, Ezequiel A., *op. cit.*, cap. XIII.

Europa estaba conmovida por la protesta de Lutero. Había ocurrido lo que Belloc llama "La explosión". Más bien que esto fue la violenta ruptura de una represa que contiene un gran caudal de agua. Artificialmente reprimidas las fuerzas disolventes que venían actuando antes de la Reforma, finalmente rompieron los diques y se desbordaron. Entonces, de manera repentina y catastrófica, se derrumbó la antigua sociedad cristiana. Nacía un mundo nuevo. Toda la estructura social vino a transformarse. Calvino fundó el "evangelio moderno de la riqueza", la idea de que el valor de un hombre, aun su valor espiritual, está relacionado con su capacidad para acumular dinero. Se puso en boga el principio del parlamentarismo, "falsa imagen de la democracia". El comercio y la banca se constituyeron en ejes en torno a los cuales había de girar la nueva sociedad. Así surgió el mundo moderno que desemboca hoy en el comunismo, "último fruto de la Reforma, enemigo mortal de todo aquello por lo cual hemos vivido y gracias a lo cual nuestra cultura continúa" [10].

En medio de esta sociedad convulsa vivía Pedro de Mura. Ocupaba un sitio alto, desde donde podía contemplar el curso agitado de los sucesos. Vería, en toda su magnitud, las consecuencias del cataclismo. ¿Qué podría hacer él por que se restaurara el equilibrio roto de pronto, por volver la corriente histórica a su cauce? Su deudo, el rey Carlos, puesto en la cumbre del poder, tendría que optar entre la Revolución y el antiguo sistema. Y optó. Después de oír a Lutero, en la Dieta de Worms, declara: *"No va aser este frailuco quien haga de mí un hereje"*. Luego decide oponerse a la Revolución y expresa su idea con estas palabras: "Un solo fraile, fiándose de su solo juicio, se ha opuesto a la fe que los cristianos profesan hace más de mil años... Estoy resuelto a defender esta causa sagrada con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma".

Pedro debe tomar también una decisión. Debe ocupar un puesto en aquel conflicto. En la encrucijada histórica que se ofrece a su paso, ha de optar por un camino. Lo elige: es el de la de-

---

[10] Belloc, Hilario, *La Crisis de nuestra civilización*, p. 197. B. Aires, 1941.

fensa y conservación de la fe amenazada. Pero, ¿qué armas emplear en este combate? No es un diplomático. Tampoco es un soldado. Ni un polemista. La suya es un alma pacífica y dulce. Desearía vivir en un mundo tranquilo y hacer el bien entre los hombres. La Europa revuelta y conflagrada no es un escenario en el que pueda desarrollar su trabajo.

El caballero flamenco ha estado en España, ha respirado su aire puro. España se halla limpia de herejes, se conserva unida en su fe, gracias, primeramente, a los Reyes Católicos que con oportunas determinaciones —la expulsión de los judíos, decretada no por motivos racistas sino por razones de salud nacional, y la creación del tribunal de la Inquisición— preservaron la fe del pueblo; y en segundo lugar, la verdadera *reforma* puesta en práctica con inexorable severidad por el Cardenal Cisneros, que depuró el clero español y cultivó los planteles en los que vino a florecer la vida religiosa, planteles de los que saldría la legión de apóstoles a quienes se debe la conversión del Nuevo Mundo.

Salvada con estas medidas la unidad interna, España se halló providencialmente preparada para defender la fe en el resto de Europa y propagarla en América. Así cumplió su destino de muro de contención de todas las herejías.

Pues bien, a esa España sólida y ferviente llegó el caballero Pedro de Mura cuando estaba por decidir el rumbo de su vida. Debió encontrar señales que se lo marcaban en un país en que se respiraba aire de cruzada. Las noticias que recibió del Padre Bartolomé de Las Casas pusieron ante sus ojos un campo inmenso, el de las Indias, con sus innumerables gentes, necesitadas de luz y de caridad.

Ahí estaba una misión para él, que apenas descubierta, fue gozosamente aceptada. Dejaría el esplendor de la corte del rey Carlos y el camino de los honores y la riqueza para vestir el sayal franciscano. Dejaría su Flandes amado, su regia familia, e iría del otro lado del mar, entre extrañas naciones, a llevar el Evangelio.

Pedro debió volver a su país natal, con Carlos I, en junio de 1530, y entonces se retiraría al convento franciscano de Gante, cuyo guardián era fray Juan de Tecto *(du Toict)*, antiguo profesor de teología durante 14 años en la Universidad de París y confesor del rey Carlos. Allí moraba también fray Juan de Aora o Ayora, sacerdote venerable por su ciencia y ancianidad.

Hasta la quietud del claustro llegaba el rumor de la tormenta que sacudía Europa. Con vivo interés observarían los religiosos el proceso del desastre iniciado con la Reforma. Hasta sus celdas irían los informes de lo que pasaba en la Dieta de Worms, de la decisión del Emperador, de la contumacia de Lutero, de cómo lo apoyaban príncipes que descubrían en la *protesta* lo que, según ellos, fue el gran móvil de la Reforma: la *oportunidad de robar.*

Profundamente entristecieron estas noticias a fray Pedro. El desgarramiento de la Cristiandad, la destrucción de la unidad de la fe, el desbordamiento de los más bajos apetitos del hombre, la discordia, el espectáculo de la ira demoniaca de Lutero, todas estas cosas que en conjunto representaban una terrible catástrofe, llenaron de angustia el alma pura de fray Pedro.

En la soledad del claustro pensaría en remediar de alguna manera tantos males. Conversando con el sabio fray Juan de Tecto y con el venerable fray Juan de Aora llegarían los tres a la conclusión de que poco o casi nada podían hacer en Europa por el bien de la sociedad cristiana. Decidieron entonces apartarse de aquel mundo en llamas e ir hacia las tierras nuevamente descubiertas para levantar, desde sus cimientos, una nueva cristiandad.

Este propósito habría madurado en sus mentes cuando se difundieron en Europa las nuevas de los descubrimientos recién hechos por un capitán extremeño llamado Hernán Cortés. "*En nuestros días* —dice García Icazbalceta—, *conocido y andado ya todo el orbe, no podemos formarnos idea cabal del golpe que daban entonces las noticias referentes al Nuevo Mundo que iba apareciendo a los ojos atónitos de los habitadores del antiguo. Era tam-*

bién la primera vez que se oía hablar de imperios cuya civilización, abultada por la novedad, contrastaba con la rustiquez y abatimiento de los indios descubiertos hasta entonces. Para los políticos, aquello significaba un nuevo e inmenso campo para sus ambiciones; para los codiciosos, una mina inagotable: para la Iglesia, una copiosísima mies con que podía reparar las pérdidas que las nuevas herejías le estaban causando en sus antiguas posesiones" [11].

Tuvo quizás fray Pedro, por ser tan allegado al Emperador, noticia de la carta que Cortés le había enviado desde Segura de la Frontera de la Nueva España el 30 de octubre de 1520, en la que le describe *"la noble y grande tierra"* que ha descubierto y le habla del opulento imperio de Moctezuma, en cuya conquista está ocupado.

El nombre de México, que ya se menciona en esa carta, sonaría en los oídos de fray Pedro como una palabra que tuviera el encanto de suscitar la revelación de un destino. Al escucharlo por primera vez quizá haya adivinado que aquel país misterioso, rico y ensangrentado, era el lugar donde él trabajaría el resto de su vida erigiendo, ladrillo a ladrillo, una nueva sociedad.

Allá había multitud de hombres que desconocían al verdadero Dios, que celebraban abominables sacrificios, que vivían en la ignorancia y tiranizados hombres que necesitaban quien los amara y quien les mostrara el camino de salvación. A esos hombres iría él a servir como a hermanos pequeños. Esa era su misión.

EN MARCHA

Es significativo que cuando empieza a dominar la idea de la acumulación de dinero como fin superior en la vida, los que habían hecho de la pobreza una profesión, esto es, los franciscanos, hayan sido los primeros en procurar la extensión de la fe cristiana en el Nuevo Mundo.

En efecto, antes que los 3 flamencos de que venimos hablando, otros frailes, también de noble estirpe (fray Juan Clapión y fray Francisco de los Angeles) habían comenzado a negociar las licencias necesarias para venir a las Indias. Electo fray Francisco general de su Orden, dispuso inmediatamente el despacho de la misión que a poco trajo fray Martín de Valencia, según tenemos referido en otro lugar [12]; pero mientras se arreglaba aquello, se adelantaron fray Juan de Tecto, fray Juan de Aora y el que ya empezaremos a llamar fray Pedro de Gante.

[11] García Icazbalceta, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, p. 92, México, 1954.

Entre los muchos frailes que solicitaron el permiso del soberano para ir a las nuevas tierras, sólo estos 3 le obtuvieron, merced, sin duda, al paisanaje, a la influencia que tenía el P. Tecto por su carácter de confesor de S. M., y al parentesco inmediato de fray Pedro. Se dice que fue también necesario el empeño de los cortesanos flamencos para vencer la resistencia de Carlos V, quien no quería separarse de su confesor.

Con la autorización regia y la del provincial, creyeron tener lo bastante, y no se detuvieron a pedir la del nuevo pontífice Adriano VI.

Con sólo aquellas 2 licencias salieron de Gante el 27 de abril de 1522. Embarcáronse los 3 frailes en la flota que llevó al Emperador Carlos V a Inglaterra, donde celebraría alianza con Enrique VIII, todavía fiel. Durante el viaje debieron comentar las nuevas recién llegadas del Nuevo Mundo acerca de la caída en poder de Hernán Cortés de la ciudad de *Temixtitán,* hecho acaecido el 13 de agosto de 1521.

Llegaron con el César a Santander el 22 de julio. En España recogieron los tres misioneros flamencos más pormenorizadas noticias sobre el país conquistado por Cortés, de cuyos personeros Alonso de Avila y Antonio Quiñones debieron oír asombrosos relatos.

Más de un año se detuvieron en España los viajeros, tiempo en que se ejercitarían para los trabajos que iban a emprender. Finalmente se embarcaron en Sevilla con destino al Nuevo Mun-

[12] Véase: *Doce Antorchas,* en el No. 17 de esta colección.

do el 1o. de mayo de 1523. Cuatro meses después, el 30 de agosto, llegaban a Veracruz.

Fray Pedro de Gante tendría entonces unos 40 años de edad. Su vida se alargaría por otros tantos y se emplearía, entera, en servir a los mexicanos.

EN TENOCHTITLAN

A pie y descalzos viajaron de Veracruz a México. Llegaron a Tenochtitlan cuando se hallaba en plena reconstrucción. Miles de indígenas agobiados por el trabajo, ocupábanse en reedificar la ciudad y no tenían tiempo ni calma para recibir instrucción.

Como los tres religiosos flamencos no podían comenzar su trabajo mientras no supieran la lengua de los naturales, acordaron dedicarse a aprenderla. Retiráronse a Texcoco, donde fueron hospedados en el palacio del rey Netzahualpilli por el nuevo señor de ese reino, Ixtlilxóchitl, aliado de los españoles.

Muchas veces fray Pedro fue tentado de devolverse a Flandes, según él mismo confiesa en carta escrita varios años después de su llegada. Pero, declara, *"el Señor me guió y libró: bendito sea por todos los siglos. Amén"* [13].

Nostálgico de su patria, fray Pedro desechó, sin embargo, toda idea de volver, y ocupóse en estudiar el idioma de los mexicanos, que aprendió pronto. A la vez observaba con atención el extraño mundo en que vivía, y al familiarizarse con aquellas creaturas dóciles y taciturnas que eran los indios, fue arraigando en su corazón el amor hacia ellas.

A los nueve meses de llegados a México fray Pedro y sus compañeros, vino la misión de *Los Doce,* encabezada por fray Martín de Valencia, con autoridad apostólica. Llamó fray Martín a sus hermanos flamencos y preguntóles, viendo que los templos de los ídolos aún estaban en pie y los indios continuaban en la idolatría, que era lo que habían hecho, a lo que el Padre Tecto

[13] Gante, Fr. Pedro de, *Carta a los religiosos de Flandes,* de 27 de junio de 1529.

respondió: *"Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín":* es decir, la lengua mexicana, indispensable para emprender los trabajos de conversión. Y dijo bien fray Juan de Tecto porque *"toda lengua es en alguna manera una teología, ya que tiene algo de divino"* [14].

Los padres flamencos se incorporaron a la misión, y quedaron bajo la autoridad de Fr. Martín de Valencia, conforme a las instrucciones que éste traía de su General.

PRIMER MAESTRO DE AMERICA

En octubre de 1524, los Padres Tecto y Aora partieron con Cortés a las Hibueras. Mendieta refiere que Cortés mismo se empeñó en que fuera con él fray Juan de Tecto, *"porque no se hallaba sin su santa compañía".* Ambos frailes murieron en esa expedición. El citado Mendieta dice que *"faltaron los bastimentos de tal suerte, que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fr. Juan de Tecto; arrimándose a un árbol de pura flaqueza, dio allí el alma a Dios, que no fue pequeño género de martirio"* [15].

Fray Pedro refiere así este hecho: *"Mis compañeros se fueron con el gobernador a otra tierra, donde murieron agobiados de trabajos, por el amor de Dios"* [16].

Quedó, pues, fray Pedro solo, es decir, sin sus hermanos de sangre. Esta separación debe haberle pesado profundamente, y al verse en medio de extranjeros —pues tanto indios como españoles lo eran para él— y sin la ayuda moral de sus queridos hermanos flamencos, fue seguramente cuando se sintió más fuertemente tentado de volver a su patria. Mas sobreponiéndose a la pena, se entregó, también por amor de Dios, a su ya empezada tarea.

Vivió en Texcoco sobre 3 años y medio, y fundó allí, en 1523 la primera escuela de cultura europea que hubo en América, destinada a la enseñanza de los indios. Fray Pedro comenzó entonces

[14] Chávez, Ezequiel A., *Fray Pedro de Gante,* cap. II.
[15] Mendieta, Fr. Jerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana,* lib. V, cap. XVII.
[16] *Carta de Fr. Pedro a los religiosos de Flandes* de 27 de junio de 1529.

el trabajo en que emplearía el resto de su vida, o sea la educación de los naturales, de quienes fue el primer maestro.

En este trabajo halló fray Pedro la verdadera alegría de su alma. Pronto se borrará el recuerdo de su patria y llegará a olvidar la lengua nativa, esto es, se desligará radicalmente de lo pasado para fundir su vida con la del pueblo al que ha entregado ya su corazón.

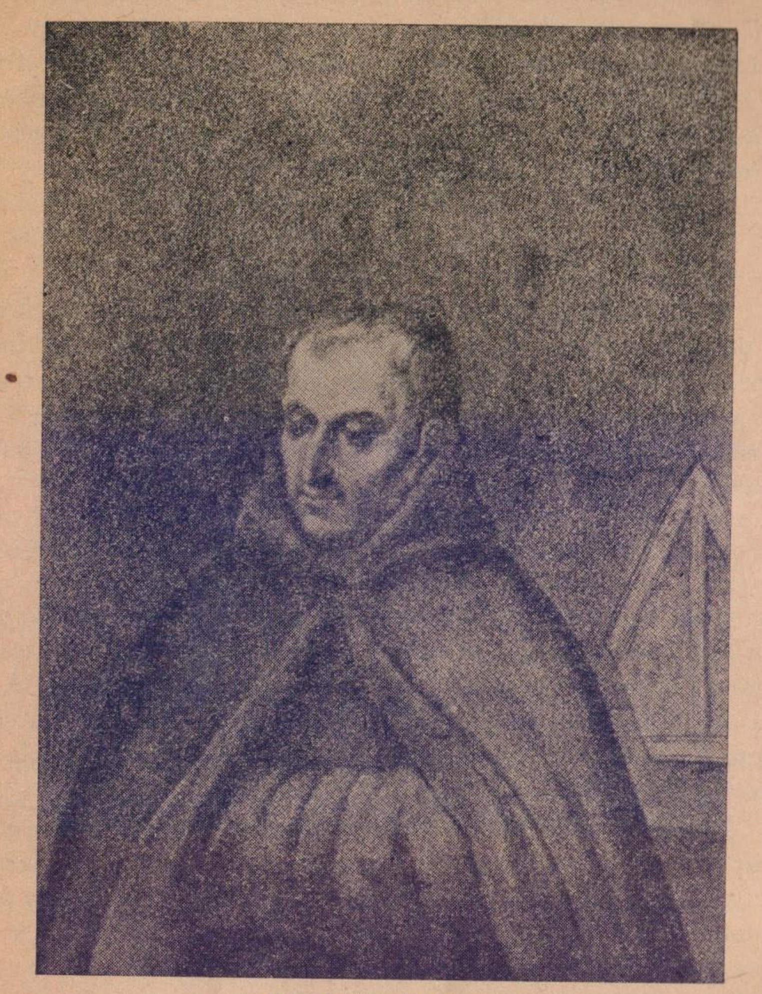
AL MARGEN DE LA VIOLENCIA

Esos 3 años que pasó fray Pedro en Texcoco fueron los turbulentos años de la ausencia de Cortés, en los que reinó la discordia y los hermanos de religión del lego flamenco tuvieron que luchar a brazo partido en defensa de los vejados indígenas.

Ni en esta contienda, ni en las que sobrevendrán luego, participa fray Pedro. Es hombre que vive al margen de la violencia. Ama la quietud y quisiera que todo mundo viviese tranquilamente, ocupado en tareas constructivas. Porque Europa estaba revuelta la dejó y vino al Nuevo Mundo en busca de un rincón quieto donde trabajar por el bien de los demás. Pero encontró, también aquí, una pequeña sociedad agitada por terribles pasiones. (¿Y dónde que haya hombres faltarán las pasiones?).

Entonces se desentiende de lo que pasa en torno suyo, y en silencio, humildemente, ocúpase en su trabajo, es decir, estudia la lengua de los nativos, que llega a dominar, recoge en su casa a los hijos de los señores y principales, los inicia en el conocimiento de la fe católica, los enseña a leer y escribir. En el sitio donde está el hermoso atrio de la iglesia mayor de Texcoco junta a los niños para instruirlos en la doctrina cristiana y en las primeras letras.

Tomó parte, con verdadero gusto, en la destrucción de templos. Los de Texcoco, donde residía, fueron los primeros en ser demolidos, al comenzar el año de 1525. Nuestro pacífico lego, con sus muchachos recién catequizados, cogería la barreta para derri-



Fray Pedro de Gante.

bar los muros ensangrentados de aquellos recintos en que tantos crímenes se habían cometido.

"Nosotros y ellos —dice en la carta a sus hermanos flamencos, refiriéndose a los catequizados— *vamos a la redonda destruyendo ídolos y templos, y levantamos iglesias al Dios verdadero. Así y en tal ocupación empleamos nuestro tiempo, pasando toda manera de trabajos de día y de noche, para que este pueblo infiel venga al conocimiento de la fe de Jesucristo".*

Agrega:

"Cada vez que salgo a predicar tengo sobrado que hacer en destruir ídolos y alzar templos al Dios verdadero" [17].

Nos imaginamos a fray Pedro en las claras mañanas del Valle de México, recorriendo los caminos con sus muchachitos indígenas en busca de los ídolos manchados de sangre, para destruirlos juntamente con los templos en que se les adoraba, y erigir en su sitio la Cruz del Salvador. Era una obra de amor que llenaría de gozo su alma.

SE TRASLADA A MEXICO

Fray Pedro, al tener noticia de que el gobernador Hernán Cortés había vuelto, y con él la esperanza de que la tierra se sosegara, decidió mudarse de Texcoco a la ciudad de México. A fines de 1526 o principios de 1527 estaba ya Fr. Pedro en el convento de la capital, donde, salvo una corta temporada, había de pasar el resto de sus días.

La pacificación que esperaba y que era necesaria para continuar su trabajo, no se operó. Vinieron los jueces de residencia y luego los primeros oidores, con el señor Zumárraga, nombrado protector de los indios. Es entonces cuando se alza imponente la figura del primer obispo de México para defender el derecho del débil, y también cuando el gran Motolinía y sus compañeros valerosamente se constituyen en protectores de la libertad contra la acción de los tiranos.

[17] *Ib.*

Fray Pedro se halla en medio de tumultos y fieras contradicciones, y es testigo de los acontecimientos que tienen por escenario el convento mismo donde vive, como la violación del asilo para extraer a los reos Cristóbal de Angulo y García de Llerena. Sabe del denuedo con que el señor Zumárraga exige el respeto a la inmunidad eclesiástica, de cómo es injuriado y atacado a botes de lanza [18]. Pero no se sabe que tomara parte en esta contienda. Fray Pedro seguirá el curso de los sucesos con profundo interés, pero incapaz, por temperamento, de toda violencia, vería entristecido lo que pasaba, sin participar en el conflicto.

Fray Pedro tiene una tarea, a la que se dedica, entre la confusión y el bullicio.

Cuál era esa tarea, él mismo nos lo dice:

"Mi oficio es predicar y enseñar día y noche. En el día enseño a leer, escribir y cantar: en la noche leo doctrina cristiana y predico. Por ser la tierra grandísima, poblada de infinita gente, y los frailes que predican pocos para enseñar a tanta multitud, recogimos en nuestra casa a los hijos de los señores y principales para instruirlos en la fe católica, y que después enseñen a sus padres. Aprendieron estos muchachos a leer, escribir, cantar, predicar y celebrar el oficio divino a uso de Iglesia. De ellos tengo a mi cargo en esta ciudad de México al pie de quinientos o más, porque es cabeza de la tierra" [19].

Mendieta confirma que Fray Pedro *"predicaba cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien"*, y agrega que como el buen lego era tartamudo, *"por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua como si fuera uno de ellos"* [20].

"Mejor con los indios entendíase él —dice su biógrafo Chávez— *que con los españoles: ásperos éstos con frecuencia, con frecuencia impacientes, no se paraban a escucharlo... Los indios, en*

[18] Véase *Zumárraga* en el No. 7 de esta colección.

[19] *Carta de Fr. Pedro de Gante a los religiosos de Flandes* de 27 de junio de 1529.

[20] MENDIETA, FR. JERÓNIMO DE, *op. cit.*, lib. V, cap. XVIII.

cambio, pudieron entender al que les hablaba como ellos hablaban, con el saltillo *de su natural tartamudismo. . ."* [21]

La predicación no era el trabajo principal de Fr. Pedro, sino la enseñanza de los niños. Conforme a la idea de los franciscanos de que mediante la instrucción de los pequeños se facilitaba el trabajo de conversión, al edificar sus conventos les dieron una traza particular, casi siempre la misma: la iglesia de oriente a poniente, y formando escuadra con ella, hacia el norte, la escuela y las habitaciones para los discípulos. Junto a la escuela erigían una capilla, destinada especialmente a los indios mayor a veces que la iglesia principal. Esta capilla era comúnmente de muchas naves, enteramente abiertas por uno de los extremos, y con vista a un grandísimo atrio.

Las escuelas eran por lo general vastas aulas, con dormitorios vecinos y otras dependencias. Las había en todos los conventos principales, y tan grandes algunas, que admitían hasta 800 o 1,000 niños.

Pues bien, la más famosa de estas escuelas fue la que erigió y donde enseñó por espacio de 50 años nuestro Fr. Pedro de Gante.

Se hallaba, según la costumbre, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el norte. Con vista al poniente quedaba la capilla de San José de Belén de los Naturales, que al principio fue de paja con un portal, y después se convirtió en una gran iglesia, la mejor de México, con sus siete naves descubiertas al inmenso atrio.

La escuela de Fr. Pedro y la capilla de San José estuvieron situadas en un área que corresponde a la actualmente ocupada por los edificios contiguos al palacio de Iturbide, entre las calles de Bolívar y Gante, con orientación Este-Oeste. Venía a quedar, pues, detrás de la iglesia de San Francisco, cuya entrada principal era por la calle de San Juan de Letrán. Entre la capilla y la iglesia había un gran espacio abierto —el atrio— donde se juntaban los naturales. Esa capilla —una de las reliquias históricas más preciosas de México— fue demolida en 1861 para abrir la calle que por consejo del historiador José Fernando Ramírez tiene el nombre de *Gante*.

[21] Chávez, Ezequiel A., *Fr. Pedro de Gante*, p. 29.

Fray Pedro mismo se ocupó en la erección de los muros de su escuela, así que mientras sus hermanos de religión lidiaban con los gobernadores tiranos y reprimían sus abusos, él levantaba la casa donde ejercería, por espacio de medio siglo, su hermosa tarea educativa.

A sólo 2 años de su venida a la capital ya tenía a su cargo un grupo de 500 muchachos. Entre los más avisados escogía 50, y cada semana los preparaba para que salieran a predicar el domingo siguiente, *"lo cual —decía— no me es corto trabajo, atento día y noche a este negocio, para componerles y concordarles sus sermones. Los domingos salen estos muchachos a predicar por la ciudad y toda su comarca, a 4, 8 o 10, a 20 o 30 leguas, anunciando la fe católica, y preparando con su doctrina a la gente para recibir el bautismo"* [22].

El fin de la enseñanza era éste: extender la fe, y del celo con que Fr. Pedro lo procuraba nos hablan estas palabras suyas:

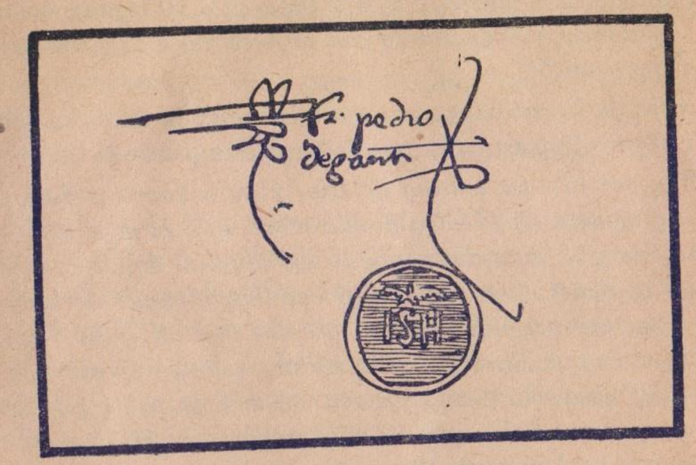
"Yo, por la misericordia de Dios y para honra y gloria suya, en esta provincia de México donde moro, que es otra Roma, con mi industria y el favor divino, he levantado más de cien casas consagradas al Señor, entre iglesias y capillas, algunas de las cuales son templos tan magníficos como propios para el culto divino" [23].

Diríamos que, ya encauzado en sus trabajos apostólicos, fray Pedro es dichoso. No piensa más en volver a su país. Ha olvidado su idioma, el que habló por 40 años, según dice en la parte final de la carta a sus hermanos flamencos:

"Deseo y pido encarecidamente que alguno de vosotros tome sobre sí, por amor de Dios, el trabajo de traducir esta carta en lengua flamenca o alemana, y la envíe a mis parientes para que a lo menos sepan de mí algo cierto y favorable, como que vivo y estoy bueno, de lo cual sea a Dios gloria y alabanza.

"No tengo por ahora más que escribir, aunque mucho pudiera contar de esta tierra, si no fuera porque del todo he dejado mi

[22] Carta de 27 de junio de 1529.
[23] Ib.



Autógrafos de Fray Pedro de Gante.

lengua nativa. Por tanto, no añadiré más que esto: que tengo gran necesidad de un libro que se llama la Biblia, y si me lo mandaseis me haríais gran caridad Ca ye ixquichi ma moteneoa y toteoh y totlatucauh y Jesu Christo; *que se interpreta así: no diré más, sino que sea loado nuestro Dios y su bendito Hijo Jesucristo"* [24].

[24] Ib.

La palabra *flamenco* tiene en nuestro idioma varias acepciones. Quiere decir achulado, gitanesco. Se empleó en España en sentido depresivo por el odio que tuvieron los españoles a los flemáticos extranjeros que se apoderaron de los cargos públicos. Significa también airoso, salado, gentil.

En este último sentido podemos decir que fray Pedro de Gante era muy flamenco. Poseía una gracia poética que aplicó a su labor misionera. La alacridad propia de su espíritu, ese júbilo tranquilo característico de las gentes de su nación, fueron los granos de sal con que sazonó la enseñanza del cristianismo.

Después de observar curiosamente los usos y costumbres de los indios *"por la gracia de Dios* —dice— *empecélos a conocer... y a entender sus condiciones y quilates, y cómo me había de haber con ellos".*

Diose cuenta de que *"toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos"*, y decidió entonces sacar provecho de esta inclinación de los naturales a la danza, y transformar sus areitos paganos en manifestaciones de regocijo cristiano.

"Como yo vi esto —dice, refiriéndose a sus ceremonias— *y que todos sus cantares eran dedicados a sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la ley de Dios, y de la Fe... y enseñé en ellos cómo Dios se hizo hombre por salvar el linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura y sin mácula"* [25].

Se le ocurrió hacer esto, según él mismo relata, dos meses antes de la Navidad y propúsose entonces que los indios celebraran por primera vez en esta tierra entristecida por el culto sanguinario al demonio, la más dulce, la más alegre y tierna festividad cristiana.

Dio a los indios unas simbólicas figuras de colores —*libreas* las llamaba él— para que las pintasen en sus mantas y con ellas bailaban, *"porque ansí se usaba entre ellos... que conforme a los*

[25] *Carta a Felipe II*, de 23 de junio de 1558.

bailes y a los cantares que ellos cantaban, así se vestían de alegría o de luto, o de victoria".

Próxima la Navidad, *"hice llamar* —nos cuenta— *a todos los convidados, de toda la tierra: de 20 leguas al rededor de México, para que viniesen a la fiesta de la Natividad de Cristo, Nuestro Redentor; y ansí vinieron tántos que no cabían en el patio... Y cada provincia tenía hecha su tienda, adonde se recogían los principales, y unos venían de 7 y 8 leguas, en hamacas, enfermos; y otros, de 6 y 10, por agua; los cuales oían cantar la mesma noche de la Natividad... a los ángeles: ¡Hoy nació el Redentor del mundo!... Y ansí, estando ellos aquella noche de Navidad en el patio de Nuestro Padre San Francisco, en México... alzaron una cruz de 200 pies en alto, la cual está hoy en día en el mismo patio"* [26].

¡Voces y cantos de Navidad en la tierra donde antes sólo se oía el ronco tambor de Huichilobos que anunciando muerte empavorecía el alma de todos! ¡Dulce mensaje de paz que alegró el corazón de los mexicanos aquella Nochebuena, en el gran atrio iluminado de la iglesia de San Francisco!

Este fue el regalo que recibieron los indios del humilde lego flamenco que los amaba en Cristo, de aquel Fray Pedro de Gante que bajó el cielo hasta sus manos.

UN TORRENTE DE ALEGRIA

México era un país sucio de sangre, de miseria y terror. Ya habían caído los templos en que se adoraba a los dioses terribles. Ya no se escuchaba el sonido de aquel *"tambor, grande en demasía, instrumento de los infiernos, que a más de dos leguas se oía"*. Ya los disformes ídolos estaban rotos, y limpias las piedras de sacrificios. Pero no todo estaba limpio ni claro. Había sombra en las almas, miedo y tristeza.

Fray Pedro abrió las compuertas al torrente de la alegría cristiana e inundó el pávido corazón de los pueblos indígenas. Y en poco tiempo la tierra que había sido, según Motolinía, *"un traslado del infierno"*, se llenó de música, y los rabeles, las guitarras, las cítaras y las voces que antes invocaban al demonio, alabaron la gloria de Dios.

[26] Ib.

"Tres franciscanos fundaron en México los estudios de canto: Fr. Pedro de Gante, aquí como en tantos terrenos de la cultura, iniciador insigne; Fr. Arnaldo de Basaccio y un religioso muy viejo, de nombre Juan Caro" [27], o sean, un flamenco, un francés y un español, guiados los dos últimos por el primero.

El mismo Fr. Pedro nos dice que en el día enseñaba *"a leer, escribir y cantar"*. Sí, cantar alabanzas, himnos al Señor, para que se elevara el alma del indio. En este trabajo puso Fr. Pedro de Gante tanto cuidado como en la enseñanza del alfabeto.

Mendieta confirma que Fr. Pedro *"fue el primero que en esta Nueva España enseñó a cantar y tañer instrumentos musicales"* [28].

Los indígenas salieron muy aprovechados discípulos. Aprendieron pronto canto llano, y sus coros, dicen los cronistas, igualaban a los de las iglesias de España. La orquesta con que solían acompañarse debía ser muy rica —dice Ricard— pues nos pasma la extrema variedad de instrumentos que se mencionan: flautas, clarines, trompetas, pífanos, trombones, la jabela, o flauta morisca, la dulzaina, el sacabuche —especie de trombón—, el orlo, el rabél, la vihuela de arco, y finalmente, el atabal.

No fue problema hallar quien tocara estos instrumentos. El indio mexicano ama la música y de lejos venía a aprenderla en los conventos. Había en Tlaxcala, cuenta Motolinía, un español que tañía rabel: *"un indio hizo otro rabel y rogó al español que le enseñase, el cual le dio solas 3 lecciones, con las cuales deprendió todo lo que el español sabía; y antes que pasasen 10 días tañía con el rabel entre las flautas, y discantaba sobre todas ellas. Ahora he sabido que en México hay maestro que tañe vihuela de arco, y tiene hechas ya todas cuatro voces..."* [29]

[27] Ricard Roberto, *La Conquista Espiritual de México*, p. 335. Edit. Jus. Méx., 1947.

[28] Mendieta, Fr. Jerónimo de, *op. cit.*, lib. V. cap. XVIII.

[29] Motolinía, Fr. Toribio, *Historia de los Indios*, lib. III, cap. 12.— *Discantar* es término arcaico, por contrapuntear un paso.

También refiere el mismo cronista que sabían de memoria sus cantos, de modo que si al cantar en el coro se revolvían las hojas o se caía el libro, no por eso dejaban de cantar, sin errar una nota.

Misioneros y cronistas todos se deshacen en alabanzas del genio musical de los indios, que Fr. Pedro empezó a cultivar. El acogía con los brazos abiertos en su escuela a cantores y ejecutantes. Y todos los misioneros, siguiendo el ejemplo de Fr. Pedro, *"en vez de dirigir y encauzar el torrente de la alegría, dejaban que se desbordara"*.

Pronto surgieron dificultades, no de la falta, sino de la abundancia de cantores. No había pueblo de indios, según Grijalva, aunque fuera de 20 habitantes, donde no hubiera trompetas y flautas para acompañar los divinos oficios. Los instrumentos eran caros, y la comunidad los pagaba. Los cantores empezaron a creerse personajes importantes, no trabajaban y hacían alarde de superioridad. Diríamos que estos cantores fueron los antepasados de los *mariachis*.

De cualquier manera, fue un gran bien el que hizo Fr. Pedro de Gante a la raza indígena al enseñarle a cantar y tañer instrumentos musicales.

No sólo por la música, sino por otros medios, Fr. Pedro desterró la melancolía del pueblo. Las procesiones eran, a la vez que una expresión de piedad, un motivo de gusto. Suponían, desde luego, música y cantos, *"y si cabe aventurar aquí la expresión* —dice Ricard— *todo un aparato teatral: flores y ramas olorosas cubrían el suelo, arcos de triunfo se elevaban por el camino, hechos de flores también, se disponían posas brillantemente adornadas y llenas de luces: los indios llevaban en hombros los* pasos" [30].

LAS COFRADIAS

Fr. Pedro promovió entre los naturales el sentimiento de fraternidad organizando entre ellos esas asociaciones tan útiles a los

[30] Ricard Roberto, *op. cit.*, p. 335.

fines de la conversión como cívicamente provechosas que fueron las *cofradías*.

En cada uno de los cuatro barrios de la ciudad —correspondientes a los 4 antiguos *calpullis* precortesianos— edificó Fr. Pedro una iglesia que fue el centro de congregación espiritual del barrio. Estas 4 iglesias fueron las de Santa María, San Juan, San Pablo y San Sebastián.

En cada iglesia se organizaban cofradías que tenían a su cargo las procesiones, así como fomentar entre sus miembros los sentimientos de piedad y devoción. *"Subía allí* —señala un autor— *el nivel espiritual, como que la cofradía se encargaba de elevarlo y encauzar los afectos de la sana y sólida devoción: la vigilancia mutua era medio de buena emulación"* [31].

"Todo esto fue educar a los indios, religiosa y cívicamente; resucitarlos de entre los socialmente muertos; salvarlos de la desesperación, del material y del político aniquilamiento que acababan de padecer" [32].

ALFABETIZACION

Fray Pedro de Gante fue el primer alfabetizador de América. Si México fuese un país digno de su tradición, Fray Pedro sería el patrono de las empresas educativas oficiales, y en los patios de la Secretaría de Educación Pública se levantaría su estatua, para inspiración de los maestros mexicanos.

Enseñar al pueblo indígena a leer y escribir fue un trabajo arduo. Requería, primeramente, el conocimiento de la lengua, que Fr. Pedro adquirió por medio de pacientes estudios. Luego había que enseñar a los indios el idioma castellano (que el lego flamenco tuvo también que aprender) ; y como la escritura que los naturales conocían era la jeroglífica, Fr. Pedro, como otros misioneros, consideraron que para llegar a la escritura fonética convenía que los indios pasaran por la jeroglífica [33].

[31] Ib.
[32] Chávez, Ezequiel A., *op. cit.*, p. 36.
[33] Ib., p. 38

Por esta razón, varias de las *doctrinas* que compusieron están hechas en jeroglíficos, al menos en parte. Fr. Pedro poseía un ejemplar del *Catecismo de la doctrina cristiana en jeroglíficos, para la enseñanza de los niños mexicanos,* que debió utilizar en sus tareas docentes, *"lo cual confirma* —dice su biógrafo Chávez— *que el ilustre fraile flamenco apeló a todos los medios para objetivar sus enseñanzas; que se acercó por todos los caminos a la condición mental en que se encontraban los indios; que los estudió incesantemente con amor verdadero, y que, conservando naturalmente siempre personal e inconfundible su propia alma, se hizo en alguna manera, para serles útil y redimirlos, indio como ellos"* [34].

Comprendía Fr. Pedro que —como mucho tiempo después lo expresaría Pío XI— "una misión sin escuela es una misión sin porvenir". De acuerdo con esta idea trazó y llevó a la práctica un programa de instrucción completa, que comprendía la primaria, la técnica y las bellas artes.

La catequización y la enseñanza de las primeras letras eran simultáneas, esto es, al mismo tiempo que el indio era adoctrinado en la fe, aprendía a leer y escribir. Como hemos dicho, la lengua náhuatl disponía apenas de una escritura ideogramática. La solución dada por los misioneros fue adaptar los caracteres latinos al idioma para enseñar a sus alumnos. Pero el alfabeto, por abstracto, resultaba casi incomprensible. Los misioneros —y el primero Pedro de Gante— descubrieron un expediente de alta pedagogía, que fue el de enlazar la representación de las letras con la de ciertas cosas concretas, en cuanto fuera posible. Así la A se representaba con una escala doble, o con un compás; la B, con caballetes o con una cítara, la C, con una herradura, o un corazón. Ponía el religioso en mano de los niños, ya el objeto mismo, que se convenía en que representara la letra, ya su figura, y enseñaba a los inditos a juntarlos y separarlos, ni más ni menos que lo que hoy hacen los niños en el *kindergarten.*

También emplearon los misioneros un método fonético. Se re-

[34] Ib.

José Torres H.
#52 2º D

presentaba el alfabeto con cierto número de animales o de objetos, cuyo nombre comenzara con la letra que se le asignaba. Así se ejercitaron los indios en el empleo de los caracteres latinos.

"La introducción del alfabeto latino para transcribir las lenguas indígenas —observa Ricard, a quien hemos seguido en esta exposición— *marca en la historia intelectual de México una revolución cuyo alcance, por mucho que se exagerara, siempre quedaría no apreciada debidamente"* [35].

En esta revolución corresponde el mérito de iniciador al lego flamenco.

Compuso Fr. Pedro una *Doctrina cristiana en lengua mexicana.* Mendieta dice que se imprimió, sin expresar dónde ni cuando. Parece que se hizo una edición en Amberes, adonde la enviaría su autor porque entonces aún no se fundaba la imprenta en México. El cronista Grijalva dice que en el primer capítulo que celebraron los agustinos (1534) se ordenó que se enseñase a los indios "conforme a la Doctrina de Fr. Pedro de Gante".

Para que los neófitos pudieran entender y cantar la liturgia cristiana, Fr. Pedro les impuso en el estudio del latín, y fue su profesor *"fray Arnaldo de Basaccio, de nación francés, doctísimo varón y gran lengua de indios".*

ESCUELA TECNICA

El primero y único seminario que hubo en la Nueva España para todo género de oficios —afirma el cronista Mendieta— *fue la capilla de San José, contigua a la iglesia y monasterio de San Francisco, donde residió muchos años, teniéndola a su cargo, el muy siervo de Dios y famoso lego Fr. Pedro de Gante, primero y principal maestro e industrioso adestrador de los indios* [36].

No se contentaba —sigue diciendo el cronista— *con tener grande escuela de niños que se enseñaban en la doctrina cristiana, y a leer y escribir y cantar, y procuró que los mozos grandecillos se*

[35] Ricard Roberto, *op. cit.,* p. 379.
[36] Mendieta, Fr. Jerónimo de, *op. cit.* lib. IV, cap. XIII.

aplicasen a aprender los oficios y artes de los españoles, que sus padres y abuelos no supieron, y en los que antes usaban se perfeccionasen.

En el término de la capilla destinó al efecto varias piezas y aposentos, donde tenía recogidos a los muchachos, y los hacía ejercitar primeramente en los oficios más comunes, como de sastres, zapateros, carpinteros, pintores y otros semejantes, y después en los de mayor técnica, que por ventura si este devoto religioso en aquellos principios con su cuidado y diligencia no los aplicara y aficionara a saber y aprender, sin duda se quedaran con lo que sus pasados sabían, porque de suyo —observa el cronista— son dejados, y en aquel tiempo estaban como atónitos y espantados de la guerra, de tantas muertes de los suyos, de su pueblo arruinado, y finalmente, de tan repentina mudanza.

Los artesanos españoles, muy lejos de procurar enseñar a los indios lo que sabían, les ocultaban cuidadosamente los secretos de sus oficios, porque una vez dueños de ellos los naturales, trabajaban mucho más barato y quitaban a los españoles las crecidas ganancias que sacaban del monopolio, por ser pocos o únicos los de cada oficio.

Fr. Pedro no se contentaba con enseñar lo que podía, sino que ayudaba de buena gana a los indios en sus diligencias para sorprender los secretos de los artesanos españoles, a quienes servían de oficiales o criados.

A este respecto se cuentan anécdotas como las siguientes:

Un artesano que hacía guadamaciles (pieles curtidas y labradas con figuras) recatábase todo lo posible de los indios en lo que obraba, especialmente en que no supiesen cómo dar el color dorado y plateado. Los indios, viendo que se escondía de ellos, vieron los materiales que empleaba, y tomando un poquito de cada uno de ellos, fuéronse a Fr. Pedro y dijéronle: "Padre, dínos adónde venden esto que traemos, que si lo conseguimos, por más que el español se nos esconda, haremos guadamaciles, y les daremos el color dorado y plateado como los maestros de Castilla". Fr. Pedro, *"que holgaba que hiciesen estas travesuras"*, díjoles dónde hallarían los materiales, y traídos, hicieron sus guadamaciles.

Cuando quisieron contrahacer los indios las sillas de montar, fácilmente imitaron la hechura de la coraza, la sobrecoraza y los bastos, mas no atinaban a hacer el fuste. Como el sillero tuviese un fuste a la puerta de su casa, aguardaron a que entrase a comer, y llevaron el fuste para estudiarlo y sacar otro. Sacado, al día siguiente a la misma hora, volvieron a su lugar el fuste que se habían llevado. El sillero temió luego que su oficio había de andar por las calles en manos de indios, y así sucedió, pues a los 6 o 7 días vino un indio vendiendo fustes por la calle, y llegando a la casa del sillero le preguntó si le quería comprar aquellos fustes, lo que enfureció al artesano, que quiso darle con ellos en la cabeza [37].

El buen Fr. Pedro, en cambio, se reía mucho de las mañas que empleaban los indios para sacar a los artesanos sus secretos.

Y era porque él tenía interés en que su plan educativo se completase con la enseñanza técnica, pues seguramente pensaba que no basta predicar a los neoconversos la dignidad del trabajo e inspirarles el gusto por él, sino que es necesario poner a su alcance los medios de trabajo. Consideraría, además, que la práctica del trabajo manual evitaba el ocio, fuente de vicios, y era, por sí solo, un gran medio de elevación moral. Por otra parte, la enseñanza técnica daba a los indios la oportunidad de ganarse la vida y contribuía a la estabilidad social.

"Admira ciertamente —dice García Icazbalceta— *la disposición que mostró Fr. Pedro para enseñar artes que no sabemos hubiese aprendido. Tal vez en su juventud, cuando vivía en el mundo, se instruiría en algunas de ellas, como la música y el canto; pero no es creíble que en todas, y menos en las puramente mecánicas"* [38].

Fr. Diego de Valadés escribió de Fr. Pedro que *omnes artes illis (indiis) ostendit; nullius enim necius erat.* (A los indios enseñó todas las artes porque ninguna de ellas ignoraba). Valadés fue profesor de dibujo en la escuela de Fr. Pedro, por lo que su testimonio es fehaciente.

No aparece que en la escuela de San Francisco hubiese otros

---

[37] Ib.

[38] GARCÍA ICAZBALCETA, *Bibliografía mexicana del siglo XVI.*

maestros que el mismo Fr. Pedro y algunos de sus compañeros de hábito, como los padres Basaccio y Caro y un lego italiano, llamado a secas por los textos Fr. Daniel, quien dirigió un equipo de bordadores que vinieron a ser famosos y que bordaban paramentos para el culto.

"No podía ser de otro modo —dice Icazbalceta— *porque no se contaba con renta para pagar maestros seglares. Verdad es que la construcción de los edificios corría entonces a cargo de los indios; pero como tan pobres, no podían dar sino su trabajo. Fr. Pedro pedía limosna para sus educandos, y no bastándole, solicitaba del rey un corto auxilio en maíz y dinero. El Emperador concedió una limosna, que no sabemos a cuánto ascendía, librada en penas de cámara, o sea multas; pero como no las había, resultó ilusoria la merced. Por lo visto, el parentesco de Fr. Pedro de Gante no sirvió de mucho para que el Emperador favoreciese la escuela"* [39].

Por muchos motivos resulta admirable la obra educativa de Fr. Pedro: él funda la escuela, él enseña a leer, escribir y cantar y adiestra a los indios en las artes mecánicas, todo sin disponer de rentas, con limosnas que él mismo pide.

ESCUELA DE BELLAS ARTES

No sólo artes útiles, también bellas artes, se enseñaba en la escuela de Fr. Pedro de Gante. Podríamos decir que allí se inicia el florecimiento del arte religioso mexicano, en todas sus expresiones: arquitectura, pintura, orfebrería, escultura.

La escuela de fray Pedro proveyó a todas las iglesias de imágenes, ornamentos, vasos sagrados, cruces, ciriales, andas y otros muchos accesorios, que si no eran obras maestras, que no abundan en ninguna parte, sí tenían belleza.

En los oficios que antes sabían los indios se perfeccionaron. Los canteros, que labraban sin hierro, luego que tuvieron instrumentos apropiados y vieron las obras según modelos europeos, las reprodujeron a la perfección, *"y así hacen y labran arcos redondos, escaciados y terciados, portadas y ventanas de mucha obra, y cuantos romanos y bestiones han visto, todo lo labran, y han hecho muchas muy gentiles iglesias y casas para españoles"* [40].

[39] Ib.

Los indios no habían descubierto el secreto de la fabricación de la bóveda, y cuando se hizo la primera, en la iglesia de San Francisco de México, bajo la dirección de un albañil castellano, quedaron admirados. Pensaron que al quitarse la cimbra se caería, y nadie quería andar por debajo. Mas visto que quedaba firme, perdieron el miedo, y poco después hicieron 2 capillitas de bóveda en el patio de la iglesia principal de Tlaxcala.

Los carpinteros enseñados en la escuela de Fr. Pedro, *"labraban de todas maneras de carpintería y imágenes de talla, y todo lo que los muy diestros artífices o arquitectos usan labrar"*.

El inquieto Las Casas caía en éxtasis ante las cruces, cálices, copones, custodias, vinajeras y demás que los artífices indios forjaban; ante los Santos Cristos que los escultores modelaban, ante el primor de los calígrafos y la habilidad de los fabricantes de instrumentos músicos.

En cuanto a la pintura, los indios ya estaban ejercitados en ella, y empleando excelentes colores vegetales, sabían reproducir a la perfección *"aves, animales, árboles, verduras y cosas semejantes, que usaban pintar en los aposentos de los señores"*, pero las figuras humanas eran, como las de sus dioses, feas; *"y permitíalo Dios que la figura de sus cuerpos asemejase a la que tenían sus almas por el pecado en que siempre permanecían"*. Luego que tuvieron modelos europeos, de España, Italia y Flandes, los reprodujeron, de modo que imágenes pintadas por ellos eran las que se veían en las iglesias.

A un pintor indígena se atribuye el fresco del convento franciscano de Cholula que representa el momento de la elevación en la Misa, y, según Del Paso y Troncoso, el gran retablo que existió en la capilla de San José de los Naturales fue pintado el año de 1554 por el indio Marcos de Aquino, llamado Cipac por sus compatriotas, con la ayuda de otros artistas indígenas.

[40] Mendieta, IV, XIII.

Bernal Díaz exagera al loar la maestría de los pintores nativos, cuando dice: "A mi juicio, aquel tan nombrado pintor como fue el muy antiguo Apeles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Burgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles ni relicarios que hacen tres indios, grandes maestros de aquel oficio, mexicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo".

En la escultura también salieron maestros. Labraban imágenes con madera o hueso, *"tan menudas y curiosas, que por cosa de muy ver las llevan a España, como llevan también los crucifijos huecos de caña, que siendo de la corpulencia de un hombre muy grande, pesan tan poco, que los puede llevar un niño, y tan perfectos, perfeccionados y devotos, que hechos (como dicen), de cera, no pueden ser más acabados"* [41].

Si no puede descubrirse en la arquitectura monástica ninguna influencia precortesiana bien definida —observa Ricard— sí dejó su marca la mano de obra indígena en la escultura decorativa. Interpretaron a su manera los motivos europeos, como puede verse en Acolman, en la capilla de Tlalmanalco, y principalmente en la iglesia de Tlaxcala. En esta última, adornada con escudos de armas, dice el P. Cuevas que *"los leones resultan ardillas del país, los castillos, jacales; las águilas, zopilotes, y los heraldos, 2 tristes macehuales en cuclillas"* [42].

Podemos decir que todo el inmenso tesoro de arte colonial —mermado por las revoluciones y la rapacidad extranjera— es obra del indio, porque —dice Mendieta— *"se puede entender por regla general, que cuasi todas las buenas y curiosas obras que en todo género de oficios y artes se hacen en esta tierra de Indias (a lo menos en la Nueva España), los indios son las que ejercitan y labran, porque los españoles maestros de los tales oficios, por maravilla hacen más que dar la obra a los indios y decirles cómo quieren que las hagan. Y ellos la hacen tan perfecta, que no se puede mejorar"* [43].

[41] Ib., IV, XII.

[42] Cuevas, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, T. III, p. 86.

Ahora bien, *educar* significa, etimológicamente, *llevar fuera*, esto es, sacar lo que está oculto, revelar lo interior, y en sentido más amplio, desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de una persona. Fray Pedro de Gante fue, por esto, un gran educador. Desarrolló en su escuela las facultades artísticas del indio mexicano, cultivó su amor a la belleza y reveló el prodigio de su alma creadora. La objetivación de este trabajo educativo se halla en cualquier sitio de México: en los retablos de las iglesias, en los paramentos ricamente bordados, en un vaso de plata, en un cacharro común y corriente, en una cruz a la vera de cualquier camino, en la imagen torturada de Cristo que podemos observar en la penumbra de la humilde iglesia de un pueblo.

Fray Pedro abrió las puertas del refugio del arte al indio mexicano, y bajo la protección del dulce lego flamenco, el indio labró con sus manos delicadas el perfil artístico de México.

EDUCACION CIVICA

De la escuela de Fr. Pedro salieron, según él mismo declara, *"jueces de los pueblos, alcaldes y regidores"*, que aprendieron a usar la autoridad, no en provecho propio, como en los tiempos precortesianos —y como ahora—, sino en bien de los demás.

Entre los alumnos de Fr. Pedro debieron salir aquellos jueces y alcaldes de quienes decía Bernal Díaz que *"hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencian"* [44].

En su primera carta a sus hermanos de Flandes, decía el P. Gante que *"los nacidos en esta tierra son de bonísima complexión y natural, aptos para todo y más para recibir nuestra santa fe. Pero tienen, cierto, de malo ser de condición servil, porque nada ha-*

[43] Mendieta, Fr. Jerónimo de, *op. cit.*, lib. IV, cap. XIII.

[44] Díaz del Castillo, Bernal, *Historia de la Conquista*, cap. 209.

cen sino forzados, y cosa ninguna por amor y buen trato; aunque en esto no parecen seguir su propia naturaleza, sino la costumbre, porque nunca aprendieron a obrar por amor a la virtud, sino por temor y miedo" [45].

A fuerza de beneficios, Fr. Pedro transformó esta costumbre y mejoró las condiciones de la convivencia al desterrar el miedo y crear entre los naturales hábitos de recíproco servicio.

ESCUELA PERFECTA

Hablando de la escuela en que Fr. Pedro enseñó por casi medio siglo dice su biógrafo Chávez:

"Escuela primaria, escuela secundaria, escuela industrial, escuela de buenas costumbres, escuela de la religión nueva, la de la Buena nueva y del nuevo civismo; de nobles y bellas artes y de artes humildes; de lenguas vivas y muertas lenguas; escuela de acción, como hoy la llamaríamos en México: total y completa, modelo, fue la de Fray Pedro de Gante" [46].

Y García Icazbalceta escribe:

"En nuestra época de afán, más ruidoso que sincero, por el aumento de la instrucción pública, y cuando anunciamos a son de trompeta la apertura de una triste escuela de primeras letras, antes mala que buena, no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantescos esfuerzos de aquel pobre lego, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía durante medio siglo una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento que era a un tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro completo de civilización. Calcúlese lo que costaría hoy al erario un establecimiento semejante, el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podremos menos que llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes, dirigidos por

[45] *Carta de Fr. Pedro a los religiosos de Flandes* de 27 de junio de 1529.

[46] Chávez, *op. cit.*, p. 49.

un lego, hacían todo aquello, que sólo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos apostólicos" [47].

FALTA DE DINERO

La obra de Fr. Pedro demandaba crecidos gastos. ¿Cómo los cubría el buen lego?

Mendieta dice que Carlos V designó al colegio de San José de los naturales 300 ducados, "que sé les dieron por algunos años" y que no bastaban a cubrir las necesidades. En 1532, Fr. Pedro pedía al rey *"dos e tres mil hanegas de maíz cada un año; las mil, para la escuela, y las otras para la enfermería y enfermos"*. Veinte años después suplicaba al rey que *"para que la dicha escuela no feneciese... Vuestra Majestad, como misericordioso, bueno sería que les hiciese mercedes a estos indios... de 500 a 600 pesos cada año, atento a la mucha gente que se podría enseñar"*. Encareciendo su ruego, agregaba: *"Justa cosa es que se me conceda la merced, atento a lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina"* [48]. Es en esta carta al Emperador donde Fr. Pedro invoca en favor de su petición el hecho de su parentesco. *"Dame atrevimiento* —dice— *ser tan allegado a Vuestra Majestad, y de su tierra, y que lo que le pido es en servicio de Dios y honra y provecho"* del rey.

Parece que las súplicas de Fr. Pedro no siempre fueron atendidas; que, por lo mismo, no fue grande el favor que del rey recibió su obra, la que mantuvo con los recursos que por sí mismo se procuraba.

FUNDA UN HOSPITAL

Fr. Pedro no podía sin dolerse y compadecerse ver el dolor del indio. En su alivio fue cuando, en los años inmediatos a la conquista, no hallaba donde remediar sus males físicos.

[47] García Icazbalceta, Joaquín, *op. cit.*

[48] *Carta al Emperador* de 15 de febrero de 1552. En Cartas de Indias, No. XVIII.

Pidió al Ayuntamiento un sitio al otro lado de la acequia que corría por la calle de S. Juan de Letrán, que es el mismo donde más tarde estuvo el colegio de ese nombre. En 12 de julio de 1529 concedió el Cabildo este terreno, donde se edificó un hospital tan grande que a veces había en él 300 y 400 enfermos. Fr. Pedro tuvo a su cargo esta casa, le procuraba limosnas, y la recomendaba al Emperador, al que pidió que le asignase alguna renta.

Poco después, cuando se resolvió la fundación de un colegio para mestizos, se tomó el edificio del hospital, con promesa de dar a los frailes otro equivalente. Como pasaran 2 años sin que la promesa se cumpliera, Fr. Pedro escribió al rey suplicándole que el edificio fuese devuelto, o que con brevedad se hiciera otro. Por fin, en 1554, a moción del virrey don Luis de Velasco, se fundó el que por siglos fue conocido con el nombre de *Hospital Real.*

En la misma carta (15 de febrero de 1552) Fr. Pedro pedía al Emperador que autorizara la venida de más frailes de Gante para que, cuando él muriera, quedara gente de su tierra, y pensaran los indios que no les hacía falta, lo que demuestra cuánto los quería.

FRAY PEDRO Y ZUMARRAGA

Fl señor Zumárraga llegó a México en diciembre de 1528, o sea cuando Fr. Pedro de Gante se encontraba ya en el convento de San Francisco de la capital. Vino, como se sabe, electo obispo y con el cargo de Protector de los Indios, y a poco de su llegada tuvo que enfrentarse con los malos gobernadores y librar una cerrada lucha en defensa de los derechos de su iglesia y de los pobres indios.

Fray Pedro debió tratar al señor Zumárraga desde que éste llegó a México, ya que ambos vivían en el convento de San Francisco. A partir de entonces una estrecha amistad unió a los dos franciscanos, identificados en una tarea común: la propagación de la fe y el bien de los indios.

Fray Pedro nos dejó un testimonio de lo mucho que quiso a su prelado y hermano de religión en la carta escrita al emperador Carlos V, donde dice:

"Lo que agora se me ofrece, es que ha 25 años estoy en estas partes en servicio de Dios y de Vuestra Majestad, en este hábito de Nuestro Padre San Francisco, con estos naturales, que les tengo a todos por mis hijos, y así ellos me tienen por padre. Y hago saber a Vuestra Majestad que en todo tiempo no he estado tan triste como el día de hoy, a causa de que fue Dios Nuestro Señor servido de llevar a su gloria a nuestro bienaventurado padre, pastor y prelado: nuestro fray Juan de Zumárraga, el cual era verdadero padre destos naturales, a los cuales amparaba y recogía debajo de sus alas. Fue siempre mi compañero en trabajos con ellos, y su ausencia me hace mucha falta".

Los anteriores renglones fueron escritos, seguramente, el 3 de junio de 1548, día en que falleció el primer obispo de México, con quien Fr. Pedro había trabajado durante 20 años. "Nunca he estado tan triste como hoy", dice el buen lego, y esta expresión nos muestra todo su pesar por la muerte de quien, como él, había derramado paz y dicha sobre los pueblos de la Nueva España. Juntos habían luchado por la misma causa; la misma caridad los encendía; los dos habían "amparado y recogido bajo sus alas" a los naturales; ambos habían fundado escuelas y hospitales para los pobres. La muerte de Fr. Juan vino a disolver tan bella sociedad. El lego flamenco seguiría solo su tarea, hasta reunirse de nuevo con su hermano y pastor en la eterna bienaventuranza.

DEFENSOR DE LOS INDIOS

Refiriéndose a los tiempos revueltos en que el señor Zumárraga y los suyos contendían con los opresores de la raza indígena, García Icazbalceta escribió: *"Sólo la Iglesia podía levantar la voz en defensa del oprimido; sólo la Iglesia podía salvar a los indios de la destrucción que los amenazaba, y no faltó aquí, por cierto, a su*

gloriosa misión de defensora del débil, ejercida en todos los siglos y en todas las naciones" [49].

La falsa historia ha ocultado este hecho y pretendido demostrar que sólo un fraile —Las Casas— merece el título de padre de los indios. La verdad es que no fue un fraile, sino una institución —la Iglesia Católica— quien tomó a su cargo la protección de las razas sometidas. Cada ministro ejerció a su manera este cargo. Las Casas, coléricamente, difundiendo cosas absurdas y exagerando los males. Motolinía, fogosa e intrépidamente; Zumárraga, con su noble entereza, gravedad y prudencia. Y el Padre Gante con la dulce energía propia de su carácter.

Quien lea los documentos en que Fr. Pedro se queja de los malos tratamientos que reciben los indios no hallará acusaciones, ni palabras violentas, ni esa "santa indignación" que hierve en otros escritos. Sólo encontrará una gran ternura, una profunda compasión por las gentes que sufren. Pide el remedio con palabras llenas de humildad:

"Vasallos de V. M. son —dice, refiriéndose a los indios—: *la sangre de Cristo costaron: sus haciendas les han tomado: razón será que se duela de ellos, y pues están desposeídos de sus tierras, en pago les ganen las ánimas. Con avisar cumplo lo que debo, cuanto a Dios"* [50].

Procuró licencia para ir en persona a España a defenderlos allá, y no habiéndola alcanzado, escribió una carta casi exclusivamente con este fin. Es una carta que refleja tristeza y dolor por el sufrimiento del indio, pero no ira.

Le dice al Emperador que algunas veces tuvo propósito de exponerle la condición en que estaban los indios, como el primero que vino y con los naturales había tratado, lo cual dejó de hacer pensando que alguna vez iría en persona; pero en vista de que no se le daba licencia, *"y que ya era viejo, y cerca de la muerte"*, había determinado escribirle, *"porque si Dios fuese servido de me llevar, descargase mi conciencia con V. M., suplicándole, como Vicario de Cristo, por el remedio de estas ánimas recién convertidas que de V. M. reciban favor, y para que su doctrina y conversión vaya adelante... E así lo suplico que, como piadoso, los remedie y no consienta que se acaben, como llevan camino, si no les viene remedio... pues esta gente de estos indios de la Nueva España son vasallos de V. M., justa cosa es que dél sean favorecidos como tales; y pues los religiosos estamos en esta tierra para su conversión y amparo... y V. M. así lo quiere, atrévome a suplicar por el remedio dellos... pues no fueron descubiertos sino para buscalles su salvación"* [51].

Traza luego un vivo y doloroso cuadro de las miserias de los indios; refiere cómo son obligados a servir a su amo en México, y a traer yerba, leña, gallinas, sin tener nada de esto ellos mismos; agrega que a veces sucede que salen de su pueblo y no vuelven en un mes, y han de comprar, quizá con su trabajo, todo lo que les exigen; que son maltratados de esclavos negros y criados, que por eso se huyen a los montes, y se disminuyen como el pan que se va comiendo cada día.

"¡Por amor de Nuestro Señor —exclama—, *V. M. se compadezca de ellos, y considere lo que pasará la pobre india que está en su casa, y no tiene quién la mantenga, a ella y a sus hijos!... Esta tal se ha de ir y dejar la casa, y irse del marido, e aún, por ventura, dejar los hijos perder"*.

En seguida pide al Emperador que ordene que los indios tributen como en España, de lo que tienen, y no más, y que prohiba la esclavitud, pues de lo contrario *"la tierra se perderá, y la conciencia del rey quedará mancillada"*.

Entre lágrimas continúa refiriendo las penas que pasan los indios que se alquilan contra su voluntad. Dice que la mujer y los hijos se quedan en casa, muriendo de hambre; que el indio que se alquila recibe sólo 12 maravedís, de los que gasta 10 en comer; que está fuera de su casa un mes, y cuando vuelve ha vendido hasta su ropa, y perdido de labrar su sementera. *"¡Por amor de Nuestro Señor* —vuelve a exclamar— *V. M. no consienta tan grande inhu-*

[49] García Icazbalceta, Joaquín, *Fray Juan de Zumárraga.* Cap. VIII.
[50] Carta de 15 de febrero de 1552.

[51] *Ib.*

manidad y... provea cómo a éstos los dejen libres, y que si alguno quisiera alquilarse, que sea de su voluntad".

Padre que ve por sus hijos, pide al rey que no consienta que los mineros los tengan encerrados, y que provea que no haya pleitos entre unos indios y otros, porque ya no saben sino de pleitos, *"y los escribanos bien llenos de negocios dellos, porque por nonada mueven pleitos: y por un poco de tierra, que vale nonada, gastan los tributos e propios del pueblo... porque se han hecho pleitistas, y en letrados, y procuradores, y escribanos e intérpretes gastan lo que tienen; y lo que peor es, que sale del sudor de los maceguales, que por ventura venden lo que tienen para pleitar".* Luego recuerda que en otro tiempo no había contiendas entre los indios, porque los concertaban los religiosos y no consentían diferencias: *"en un día los concertábamos e apaciguábamos, de manera que quedaban contentos... mas después que los españoles les han metido en la cabeza que es mejor pleitos, destrúyenlos y engáñanlos, para servirse dellos..."*

Al escribir su carta a Carlos V llega un momento en que Fr. Pedro, embargado por la angustia que le traen los males de los indios, deja de referirlos y dice: *"Duéleme tanto decir esto que por la pena que recibo no quiero alargarme en ello".*

Alma buena, verdaderamente angelical, era la de Fr. Pedro de Gante. Sólo había lugar en su corazón para el amor y la misericordia. Desde que oyó a Las Casas en España hablar de los sufrimientos de los naturales hasta el último día de su vida se ocupó en promover su bien. Fue un ángel para los indios de la Nueva España.

LA HUMILDAD DE FR. PEDRO

Fr. Pedro pudo tener un puesto importante en la corte de su pariente el Emperador Carlos V; pudo ser sacerdote y obispo. Pero no quiso autoridad, ni honores, ni dignidades. Prefirió vivir humildemente entre los pobres y los humildes, como un simple lego de San Francisco.

Conocido por los superiores el mérito de Fr. Pedro, le enviaron

3 veces licencia para ordenarse: la primera del Papa Paulo III; la segunda, del capítulo general celebrado en Roma (1538), y la tercera de un nuncio apostólico de la corte de Carlos V; pero Fr. Pedro nunca quiso usar de ellas.

El mismo Emperador le ofreció el obispado de México, al tiempo de erigirle, según unos, o en la vacante del señor Zumárraga, según otros. Consta del testimonio del P. Diego Valadés, que conoció y trató mucho al P. Gante. Refiere el hecho, y añade: *"De lo cual puedo ser buen testigo, porque en su nombre escribí muchas respuestas, y ví las cartas del César llenas de afecto y de benevolencia"* [52].

Sobra decir que quien no quiso aceptar el sacerdocio, menos aceptaría la dignidad episcopal. Así, en estado de lego, pudo continuar consagrado a la enseñanza de los indios hasta el día de su muerte.

Entre sus pobres indios, pobre como ellos, predicándoles, enseñándoles a leer, aliviando todas sus necesidades, Fr. Pedro era dichoso. Dejó, pues, los cargos y dignidades para otros, *"porque todo esto tuvo el verdadero siervo de Cristo* —dice el cronista— *por estiércol y vanidad, solo para ganar a Cristo, humilde, quiso permanecer y quedar en su humilde y primera vocación con que fue llamado al estado monástico"* [53].

EL AMOR DE LOS INDIOS A FR. PEDRO

Al afecto que Fr. Pedro mostraba a los indios correspondieron éstos cordialmente. Con ser fraile lego, y predicarles y confesarles otros sacerdotes y prelados de la orden, sólo a Fr. Pedro reconocían por particular padre, y a él acudían en todos sus negocios, trabajos y necesidades, y así dependía de él principalmente el gobierno de los naturales de la ciudad de México y su comarca, en lo espiritual y eclesiástico. Tan grande era la autoridad de Fr. Pedro sobre los indígenas, que el segundo arzobispo Fr. Alonso de Mon-

---

[52] Valadés, Diego, *Rhetorica Christiana*, p. 222.
[53] Mendieta, *op. cit.*, IV, XVIII.

túfar, dominico, algo molesto porque la influencia de Fr. Pedro disminuía su autoridad episcopal, "le rindió un homenaje involuntario en un momento de despecho" al decir: *"Yo no soy el arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante, lego de San Francisco".*

El amor de los indios se manifestó en varias ocasiones, como en aquella en que volviendo Fr. Pedro de Tlaxcala (adonde por obediencia había morado un poco de tiempo), le salieron a recibir en la laguna grande de Texcoco con una hermosa flota de canoas, e hiciéronle una solemne fiesta, a manera de guerra naval, con sumo regocijo.

Cuenta Mendieta que una india mexicana tenía por devoción vestir algunos frailes, y queriendo una vez ponerlo en obra, lo fue a tratar con un religioso llamado Fr. Melchor de Benavente, que tenía cargo de los indios en la capilla de S. José. Y díjole: "Padre, yo quiero vestir 5 religiosos, y a ti con ellos, que todos seréis 6", y fuelos nombrando, entre ellos a Fr. Pedro de Gante, que ya había muerto. Fr. Melchor le observó: "Hija, ¿no sabes que Fr. Pedro de Gante pasó ya de esta vida, y es difunto? Ella replicó: "Padre, yo doy en ofrenda un hábito a Fr. Pedro de Gante; dalo tú a quien quisieres".

SUPLICAS A FELIPE II

Al saber Fr. Pedro que Carlos V había renunciado la corona (1557) en su hijo Felipe II, escribió a éste para contarle la historia de su escuela y pedirle que favoreciese a los indios. Le decía: *"Ya que Vuestra Majestad no quiere mirar a mis trabajos —que han sido, como el Señor del mundo lo sabe, muy mortales, y de gran peso, y muy diversos—, mire a la obligación que tiene de que estos pobrecitos se salven. Y porque no quede por falta de quien dé aviso a V. M., yo, como padre que he sido de los antepasados y de los presentes, querría suplicar a V. M. —porque ya estoy muy viejo y cansado, y casi ya en lo último de mi vida— que me conceda este galardón, por última merced de mis servicios y para bien universal de todos los fieles: que V. M. alcance indulgencia plenaria a todos los que se enterraren en dicho patio de México, en San Francisco".*

Le suplicaba también que se conservase la doctrina que en dicho patio se enseñaba y que favoreciese la capilla, que estaba muy pobre. *"Para los muchachos della* —informaba— *se hizo una limosna, la cual mandaron fuese de penas, pero éstas son tan pocas que se ha pasado un año que no las han dado, y pasa ya el año en que estamos, que no tendrán qué comer; por tanto, V. M. mande que la limosna que se les ha de hacer sea de la caja, para que estos pobres y todos sus descendientes se conserven, y no se pierdan, permaneciendo en esta santa obra así los que enseñan la doctrina, como los que espiritualmente ayudan a los indios de todos los pueblos; los cuales son casados, con mujer e hijos".* [54]

Esta petición, y la otra que hizo de que vinieran frailes flamencos para que los indios, viendo gente de su tierra, no notasen su falta, demuestran cuánto preocupaba a Fr. Pedro la perpetuidad de su obra.

LONGEVIDAD FECUNDA

Admira la longevidad de casi todos los hombres que trabajaron en este país por el bien de los pueblos. El señor Zumárraga vivió más de 80 años; don Vasco, más de 90; Motolinía y varios de *Los Doce* murieron también muy viejos, a pesar de tantos trabajos como pasaron.

Fr. Pedro de Gante gozó asimismo una larga vida en la tierra. Vino a la Nueva España en 1523, cuando tendría unos 40 años; murió en 1572, o sea 49 después. Tendría, pues, al morir casi 90 años, de los cuales más de la mitad consagró única y totalmente al servicio de Dios y de los indios.

El período que le tocó vivir —medio siglo XVI, rico de acontecimientos— fue el de la germinación de la nacionalidad mexicana. Contemporáneo de Cortés, Zumárraga, Las Casas, Quiroga, Martín de Valencia, Motolinía, Antonio de Mendoza, Luis de Ve-

[54] *Carta a Felipe II de* 23 de junio de 1558.

lasco, desempeñó con ellos la común tarea de fundar y difundir la fe y establecer la nueva nación. Es, por lo mismo, Fr. Pedro de Gante, uno de los padres —de los legítimos padres— de la patria.

Su obra es, de todas, la más larga, la más impregnada de ternura y bondad. Es obra profundamente seráfica, esto es, franciscana y angelical.

TRANSITO Y GLORIA

Justamente a los 50 años de la fecha en que dejó su patria acompañado de fray Juan de Tecto y fray Juan de Aora, en un día de abril de 1572, Fr. Pedro de Gante murió en la ciudad de México.

"Los naturales sintieron grande dolor y pena —dice el cronista—, *y en público la mostraron, porque demás de acudir a su enterramiento copiosísimo concurso con derramamiento de lágrimas, muchos de ellos se pusieron luto por él, como por verdadero padre que les había faltado, y después de haberle hecho particular cada cofradía por sí, y cada pueblo y aldea de la comarca solemnes exequias, se las hicieron en común".*

"Y fue tanto —agrega— *lo que ofrecieron por el siervo de Dios Fr. Pedro, que hincheron el convento de S. Francisco de México aquel año de provisiones y vituallas".* [55]

Los naturales pidieron el cuerpo para enterrarlo en su capilla de S. José. Concediéronselo, *"y tiénenlo allí el día de hoy en mucha veneración"*, escribió tiempo después el cronista.

La capilla de San José fue derribada —como hemos dicho— en 1861. Los restos del amado Fray Pedro se dispersaron, luego de la sacrílega profanación. Un pecado más de ingratitud de este pobre México que no sabe honrar a los grandes hombres de su historia.

[55] Mendieta, *op. cit.*, IV, XVIII.

RETRATOS DE FRAY PEDRO

Consta que los indios pintaron el retrato de Fr. Pedro, y que casi en todos los principales pueblos de la Nueva España tenían uno, juntamente con la pintura de los doce primeros franciscanos.

Quedan dos, en el Museo Nacional de México, uno de medio cuerpo y otro de cuerpo entero; *"ambos representativos* —dice el biógrafo Ezequiel A. Chávez— *de la visión espiritual que de Fr. Pedro se ha tenido siempre: alto, delgado, esbelto, vuelve el resuelto semblante rubio de claros ojos y de dulce y firme mirar que enseña e insinúa, que embarga la atención y no manda; y el brazo derecho que está levantado a medias, y la mano a medias extendida, acompañan a la palabra que con persuasiva elocuencia emana suavemente de todo su ser; sus ojos miran hondo y lejos; su cuerpo, casi inmaterial, parece estar destinado a volar de la tierra al cielo".*

La efigie de Fr. Pedro debería estar reproducida en todas las escuelas para suscitar el recuerdo y la veneración del que fue el primer maestro de la patria.

"México le debe una estatua, con mucha más razón que a otros que la tienen. Acaso nuestros descendientes pagarán esa deuda al venerable varón, al santo religioso de sangre real que renunció al mundo y consumió la mayor parte de su vida en el destierro, entre gente rústica y desconocida, para defender, ilustrar y amparar a los desvalidos, a los ignorantes y a los pobres" [56].

[56] García Icazbalceta, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI.*

EPILOGO

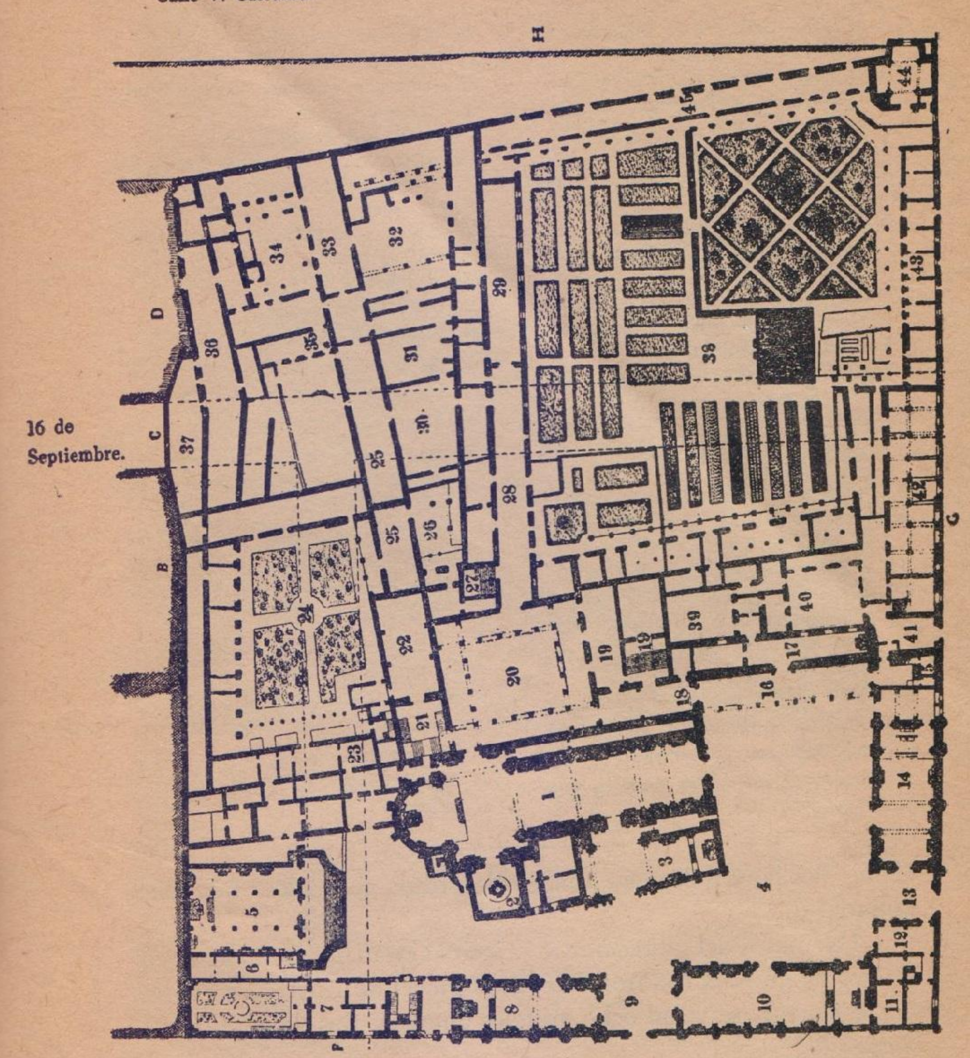
El convento *grande* de San Francisco de México ocupaba una área de 32,000 metros cuadrados, limitada, al norte, por la calle de San Francisco (Madero); al sur, por la de Zuleta (Venustiano Carranza); al oriente, por casas de propiedad particular, y al poniente, por la calle de San Juan de Letrán.

Comprendía más de 20 edificios, distribuidos en esa gran área. El atrio —vasto, para contener la multitud de fieles— se hallaba limitado por varias capillas, una de las cuales era la de San José de los Indios (que se llamó después de las Servitas) y donde ejerció su apostolado Fr. Pedro de Gante.

El convento —como todo lo demás— era una espléndida obra de arte, con sus hermosos patios que rodeaban los claustros formados por arquerías sustentadas en columnas dóricas la inferior y corintias la superior. En los muros de ambos claustros podían admirarse los magistrales cuadros de Baltasar de Echave que representaban las escenas de la vida de San Francisco.

Ocupaba una galería la más grande y rica biblioteca de México, compuesta de valiosos documentos y libros acumulados durante siglos por el trabajo y la devoción a la cultura de los franciscanos.

Verdadero tesoro de arte guardaban las paredes de este recinto. Los retablos de la iglesia y capillas eran exquisitas manifestaciones del buen gusto de los artistas nativos. Una de las cosas más bellas era la sillería del coro, primorosamente tallada en madera de caoba, con figuras de santos y los sellos de la provincia del Santo Evangelio labrados en sus altos respaldos. Había un facistol de



C. M.—Calle 16 de septiembre.
F.—Calle de Gante.
1.—Templo Grande de S. Francisco.
2.—Capilla de la Purísima (desaparecida).
3.—Capilla de Balvanera.
4.—Atrio, del que sólo queda una pequeña parte.
5.—*Templo de San José de los Indios,* en que Fr. Pedro de Gante ejerció su apostolado.
6.—Celda del P. capellán de esa iglesia.
7.—Jardín de la capilla de Aránzazu.
8.—Capilla de Aránzazu.
9.—Portada de la calle de S. Francisco (Madero).
10.—Tercer Orden. (Hotel Guardiola).
11.—Celda del capellán y habitación del P. Provincial.
12.—Capilla de la 2a. Estación.
13.—Entrada a la iglesia por la calle de S. Juan de Letrán.
14.—Capilla del Señor de Burgos.
15.—Celda del capellán de dicho templo.
16.—Claustro exterior. En el piso superior estaba la biblioteca.
17.—La Santa Escuela.
18.—Portería.
19.—Escalera principal y capilla del noviciado, en el entresuelo.
19.—Bodega, y en el piso superior, sala capitular.
20.—Claustro principal.
21.—Antesacristía.
22.—Sacristía. (Entrada al templo protestante).
23.—Celda del P. Guardián.
24.—Jardín y panteón, donde yacían los huesos de los Santos viejos.
25.—Bodegas.
26.—Patio, y en el piso superior, claustros y celdas.
27.—Escalera.
28.—Sala de Profundis.
29.—Salón Refectorio.
30, 31 y 32.—Patios.
33.—Antiguas bodegas.
34.—Patio.
35.—En el piso superior, claustros, celdas, en una de las cuales murió Fr. Margil de Jesús.
36.—Parte del convento arrendada por los religiosos.
37.—Caballerizas de la que fue casa de diligencias.
38.—Gran jardín de San Francisco.
39.—Patio del noviciado.
40. 41 y 42.—Patio, zaguán y celdas.
43.—El coristado.
44.—Bella capilla del Calvario.
45.—Celdas.

ébano, dos buenos órganos y una balaustrada de madera fina, bien labrada.

Los muros del sobreclaustro principal estaban enteramente cubiertos de grandes cuadros debidos al pincel de Rodríguez Juárez. En la sacristía se veían ocho grandes pinturas, tres de ellas de Villalpando.

En los muebles, en las puertas, en las cerraduras, en las fuentes, en todos los sitios del magno convento estaba impresa la huella del artista mexicano.



Demolición del convento de San Francisco para la apertura de la calle de la Independencia.

Era aquel grandioso conjunto de edificios un monumento creado por el pueblo y patrimonio suyo. Una generación tras otra, a lo largo de los siglos, había objetivado allí su cultura, dejando con ello testimonio de su fe, de su capacidad creadora, de sus ideales de belleza; en suma, de su espíritu inmortal.

Y el pueblo que creaba, se recreaba en su obra, obra suya y de sus antepasados, obra común y de todos. Por eso decían bien aquellas frases que podían leerse en una de las paredes de la iglesia, cuando fue reconstruida:

Tu honor ¡oh pueblo! mira aquí grabado;
Tuyo es el lauro, tuyo es el contento,
Y en nos eterno el reconocimiento.

Pero el convento *grande* de San Francisco era algo más que hermosas piedras labradas, patios luminosos, fuentes joviales, claustros, galerías, maderas talladas, pinturas famosas, esculturas, vasos sagrados. Era también un rico depósito de tradiciones y una viva encarnación de la historia nacional. Era la ciudadela santa de México.

Allí vivieron los Padres fundadores de nuestra civilización. Allí oraron; allí estudiaron las lenguas y costumbres indígenas, allí predicaron y enseñaron y protegieron al débil; de allí mismo irradiaron la fe y la nueva cultura. En resumen: allí empezó la patria.

En la paz del cementerio vecino al convento yacían los huesos sagrados de Motolinía, Francisco de Soto, Antonio de Ciudad Rodrigo, Francisco Jiménez, Bernardino de Sahagún, Jacobo de Testera, Alonso de Escalona, Marcos de Niza, Juan Fucher, Alonso de Molina —y cien más, famosos unos, ignorados otros, que consagraron todos sus vidas a formar el alma cristiana de México.

El convento de San Francisco era núcleo de la nación, origen y fundamento de nuestra libertad, corazón cívico, piedra angular de la cultura mexicana, testimonio en piedra de nuestra grandeza espiritual, casa venerada de nuestros Padres, honor del pueblo.

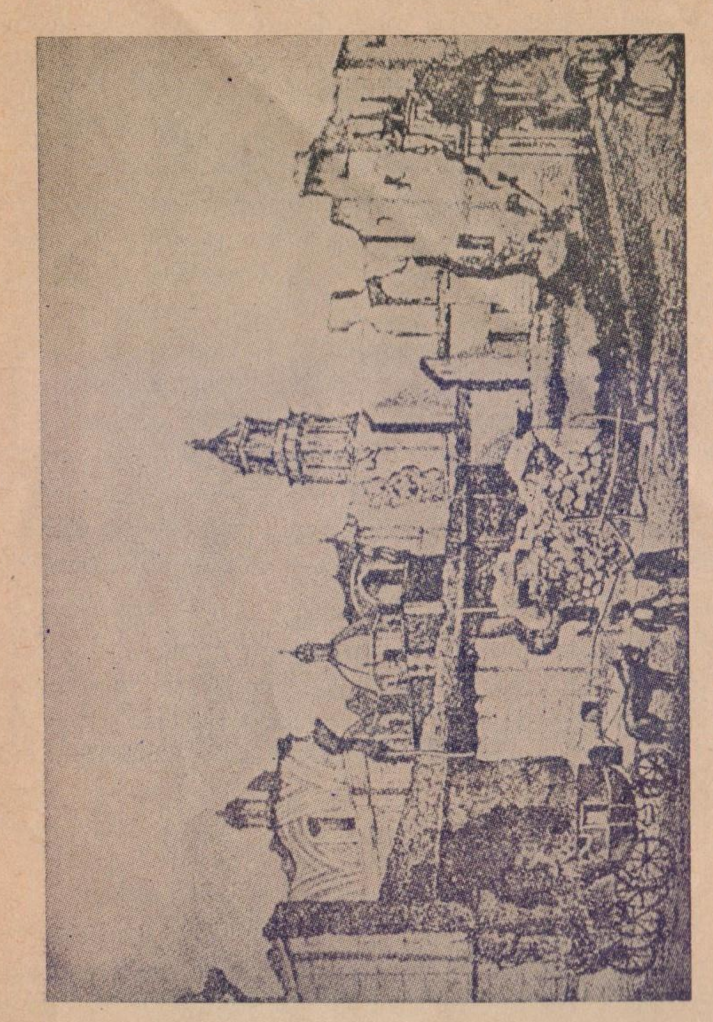
Por siglos fue un lugar amado y profundamente respetado, con el respeto que inspira lo que pertenece a los que nos dieron la vida.

Pero un día se revolvió contra México el espíritu malo.

Fue en 1856. Ya entonces el tambor de Huichilobos había sonado de nuevo, reinaban la discordia y el odio, los mexicanos se mataban entre sí.

Comenzó con una mentira: en el convento de San Francisco se reunían conspiradores sediciosos. Autor del cargo: un oficial borracho, llamado Vicente Pagaza. Pruebas, ninguna.

Hecha la falsa denuncia, el convento fue allanado por el go-



Otra estampa de la demolición del convento de San Francisco

bernador del distrito, la policía, los periodistas, y registrado hasta el último rincón. El guardián se encaró a los profanadores. Discutieron. De pronto el gobernador se apodera de unos papeles que habían caído al suelo de las ropas de un fraile. Creyó descubrir en ellos la evidencia de la conspiración. Eran las hojas desencuadernadas de un viejo libro: las Reglas de San Francisco. El gobernador leyó la página que tenía ante sus ojos. Era una maldición del hombre que siempre bendijo: el santo de Asís. Decía:

"De ti, Santísimo Padre, y de toda la curia celestial, y de mí pobrecillo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos frailes de esta orden edificaste y no cesas de edificar".

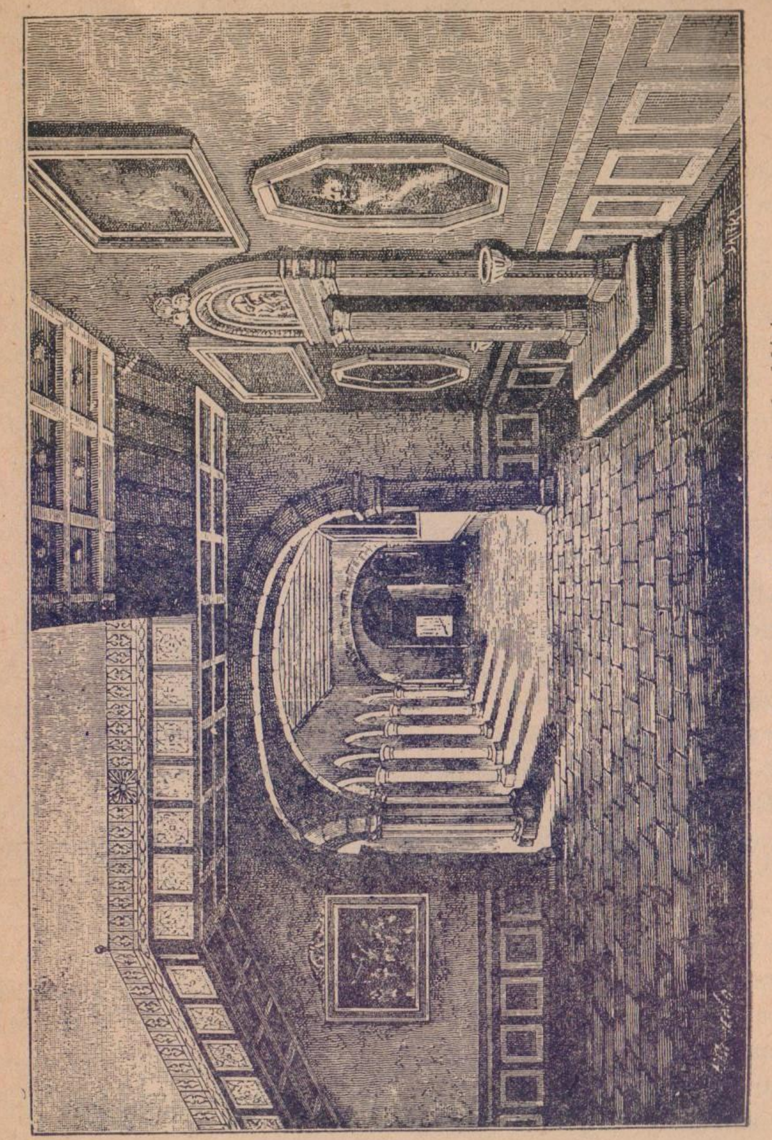
Al día siguiente —16 de septiembre— Comonfort dio un decreto en el que mandaba abrir la calle de "Independencia" (hoy 1a. de 16 de septiembre), demoler los edificios y ocupar los terrenos necesarios. Un día después decretó la supresión del convento y declaró bienes nacionales los que le pertenecían.

Luego, peones a los que obligaron a carabinazos a trabajar en la demolición, aplicaron la barreta a los venerables muros.

Fue el principio de la destrucción.

Después se consumó el crimen de lesa patria. En aplicación de las *leyes* de Reforma, la superficie del convento fue dividida en 9 lotes, que se pusieron a la venta. La túnica sagrada se partió entre los ladrones. *"Buenos bribones salieron a adjudicarse los bienes a toda prisa* —dice don Artemio de Valle Arizpe—, y agrega: *¡Vaya una taifa de mal nacidos!"* En la Secretaría de Hacienda se celebraban los remates en que abundaron los postores. Así nació la *burguesía liberal*. Burguesía de ladrones y de traidores.

A la capilla de San José de los Naturales, el escenario de la acción apostólica de Fr. Pedro de Gante que en cualquier país civilizado de la tierra hubieran conservado como una reliquia preciosa, se le asignó un precio de doce mil pesos. En 1861 fue demolida para abrir la calle a que se dio el nombre de *Gante*, que es un sarcasmo, dice García Icazbalceta, *"pues existe gracias a la des-*



Interior del Convento de San Francisco de México.

trucción del convento donde moró el venerable lego, y su apertura dió causa a aquella sacrílega profanación".

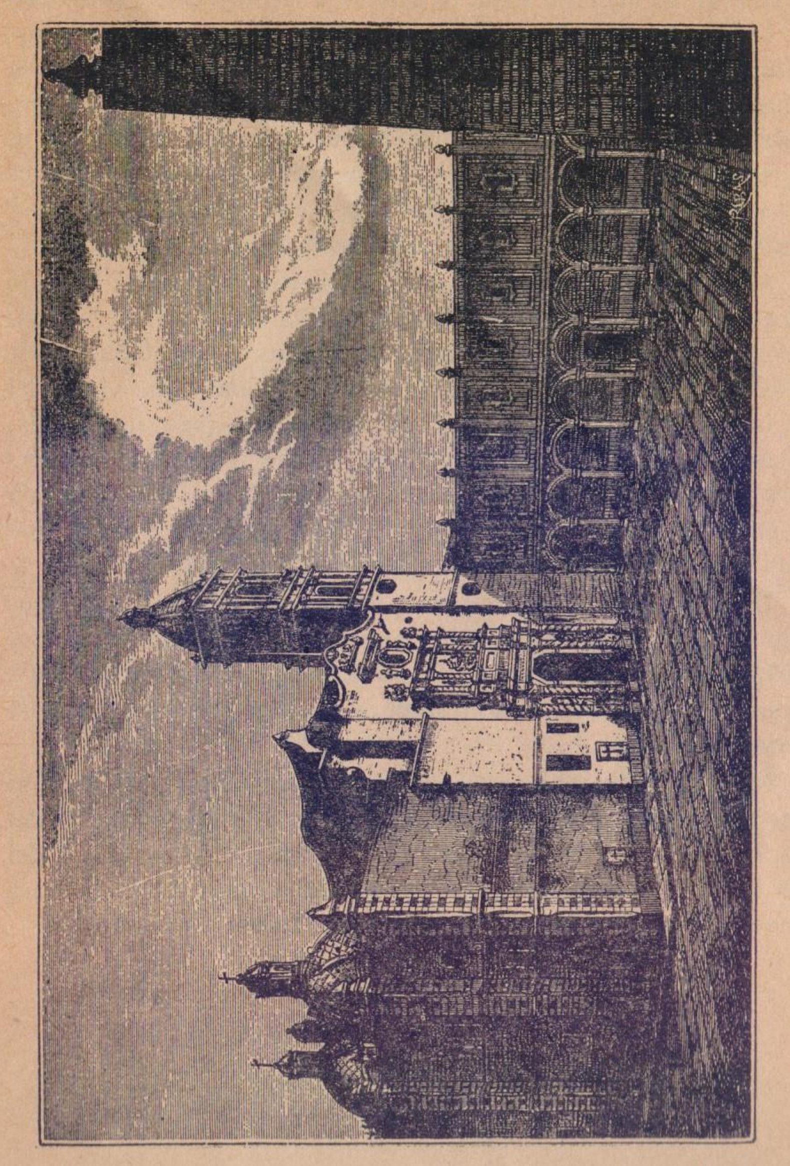
Entonces se dispersaron los restos de los Padres fundadores. Los mercenarios ocuparon el cementerio en que reposaban, y aquellos huesos benditos se perdieron. México no merecía conservarlos.

De la magna construcción sólo quedó la iglesia principal. Mas para ofender al pueblo de México, para herirlo en lo más sensible de su alma, fue ocupada primero por las caballerizas del circo Chiarini y luego entregada a los protestantes, que desmantelaron sus altares y destruyeron en parte la maravillosa portada churrigueresca del lado norte, a la que despojaron de sus estatuas de piedra. El templo fue rescatado por los católicos en 1865 al precio de ciento cincuenta mil pesos. (A la fecha, un jirón del antiguo convento de San Francisco, para ofensa permanente del pueblo, pertenece a una iglesia protestante).

Sobra decir que fue robado el tesoro artístico que encerraba el convento. Las pinturas de famosos maestros mexicanos, la maravillosa sillería del coro, los manuscritos y libros de la biblioteca, todo fue a parar a manos de ladrones. Parte de ese tesoro cayó en poder de rapaces extranjeros, y México lo perdió para siempre.

¡Ah, pero todo esto se hacía en nombre del *progreso,* de las *luces,* y para formar "el México moderno"! Sí: este México moderno, empobrecido y entregado a sus amos extraños. Este México que ofrece en su ciudad capital, en el sitio donde estuvieron la capilla y la escuela de Fr. Pedro de Gante, los sepulcros de nuestros Grandes, la arquitectura delicada de las capillas de Aránzazu, del Tercer Orden, del Señor de Burgos; que ofrece, decimos, en vez de este cuadro hispánico y tradicional, otro del que se enorgullecen los reformadores y que se compone de tantas cosas como éstas: la taberna donde beben *whisky and soda* los turistas, la *lonchería* para comer *hot dogs,* el templo protestante, el edificio para estacionar automóviles, el cinematógrafo, la compañía de seguros que levanta su torre para imitar la arquitectura de los dominadores, las oficinas de empresas extranjeras, etc.

¡México progresa!



Vista exterior del Convento de San Francisco de México.

Se va pareciendo —¡qué gloria! a una ciudad de los Estados Unidos. Es algo que llena de orgullo a los mexicanos progresistas el que pierde todos sus rasgos característicos, los rasgos que hacían de nuestra ciudad una de las más bellas del continente, la ciudad que dejaba embobados a los extranjeros que la visitaban. Ahora el mejor elogio que se puede hacer de nuestra capital es el que hizo una actriz de cine de Hollywood que vino hace algunos años y a quien le preguntaron qué le parecía México. "*¡Oh, muy bonito* —replicó—, *se parece mucho a una ciudad de Kansas!*"

Así hemos conquistado, poco a poco y con bastante trabajo (porque es trabajo el destruir tanta riqueza como nos heredaron nuestros mayores), el desprecio del extranjero, y especialmente de ese extranjero celoso guardador de sus tradiciones que viene del otro lado del Bravo, de la América protestante, pero agradecida, que en San Diego, Los Angeles y San Francisco glorifica en mármoles y bronces la memoria de Fr. Junípero Serra y que guarda con profunda veneración las humildes piedras de las misiones que levantaron en California los evangelizadores católicos.

Unos turistas norteamericanos, después de admirar los monumentos religiosos de Oaxaca, declararon: *"Si en Estados Unidos tuviéramos estas joyas, las tendríamos bajo una cubierta de cristal"*. (Citado por Regis Planchet en su obra *El Robo de los bienes de la Iglesia*).

Nosotros, en cambio, estamos desde hace tiempo ocupadísimos en destruir nuestros monumentos, hasta que no quede memoria del pasado, según se lo propusieron los revolucionarios de este y del siglo XIX. Sí: queremos que no quede testimonio de la obra de nuestros padres. Esto es, queremos quedarnos sin patria.

BIBLIOGRAFIA

CHÁVEZ, EZEQUIEL A., *El ambiente geográfico, histórico y social de Fr. Pedro de Gante hasta el año de* 1523. Méx., Edit. Jus, 1943.

Fray Pedro de Gante, El primero de los grandes educadores de América. Méx. Edit. Jus, 1943.

DIRKS, SERVAIS, *Le frére Pierre de Mura, sa vie y ses travaux au Mexique.* 1871.

GARCÍA CUBAS, ANTONIO, *El libro de mis recuerdos.* Méx., 1950.

GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Bibliografía mexicana del siglo XVI.* Méx. 1954.

GONZÁLEZ DE VERA, *De los primeros misioneros de la Nueva España.* Revista de España, año I, T. III, Madrid, 1868.

KIECKENS, F., *Les anciens missionaires belges en Amérique.* Bruselas, 1880.

MENDIETA, FR. JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana,* Méx. 1945.

LAS CASAS, FR. BARTOLOMÉ DE, *Historia de las Indias.* Méx., 1951.

RICARD, ROBERTO, *La conquista espiritual de México.* Méx., Edit. Jus, 1947.

TORQUEMADA, JUAN DE, *Monarchia indiana.* Sevilla, 1615.

VALLE ARIZPE, ARTEMIO DE, *Calle vieja y calle nueva,* Méx., Edit. Jus, 1949.

VETANCOURT, AGUSTÍN, *Crónica de la provincia del Santo Evangelio de México.* Méx., 1871.

VETANCOURT, AGUSTÍN, *Menologio franciscano.* Méx., 1871.

INDICE

39.—Morelos, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 12.00
40.—Agustín de Iturbide, Libertador de México, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 10.00
41.—La Guerra del 47, por Carlos Alvear Acevedo . . . . ,, 5.00
42.—La Segunda Intervención Americana, por Angel Lascuráin y Osio . . . . ,, 7.00
43.—De Cabarrús a Carranza, La Legislación Anticatólica en México, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) . . ,, 8.00
44.—Miramón, Caballero del Infortunio (2a. Edición), por Luis Islas García . . . . ,, 12.00
45.—El Indio Gabriel, por Severo García . . . . ,, 6.00
46.—La Masonería en la Historia y en las Leyes de Méjico, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) . . . . , 12.00
47.—California, Tierra Perdida.—II . . . . ,, 10.00
48.—Galeana, por Carlos Alvear Acevedo . . . . ,, 7.00
49.—El Milagro de las Rosas, por Alfonso Junco (2a. Edición) . . . ,, 7.00
50.—La Constitución de 1857: Una ley que nunca rigió, por G. Gómez Arana . . . . ,, 4.00
51.—Poinsett, Historia de una gran intriga (2a. Edición), por José Fuentes Mares . . . . ,, 12.00
52.—Apuntes sobre la Colonia.—I. Problemas Sociales y Políticos, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 6.00
53.—Apuntes sobre la Colonia.—II. La Reeducación de Indios y Españoles, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 8.00
54.—Apuntes sobre la Colonia.—III. Repercusiones sobre los Tiempos Posteriores, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 7.00
55.—La Piqueta de la Reforma, por Francisco Santiago Cruz . . . . ,, 10.00
56.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Primera. Por Peter Masten Dunne, S. J., traducción de Manuel Ocampo, S. J. ,, 8.00
57.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Segunda . . . ,, 12.00
58.—La Evangelización de los Indios. Por don Ezequiel A. Chávez . ,, 3.50
59.—Cabeza de Puente Yanqui en Tehuantepec, por Luis Castañeda Guzmán . . . . ,, 3.00
60.—José Vasconcelos, por William Howard Pugh . . . . ,, 5.00
61.—Robinson y su Aventura en México, por Eduardo Enrique Ríos ,, 8.00
62.—Un Clérigo Anticlerical: el Doctor Mora, por Mario Mena . . ,, 4.00
63.—La Educación en México en la Epoca Precortesiana, por don Ezequiel A. Chávez . . . . ,, 8.00
64.—El P. Bartolomé de Olmedo, Capellán del Ejército de Cortés, por José Castro Seoane, O. de M. ,, 6.00
65.—Luis Navarro Origel —el primer Cristero—, por Martín Chowell (seudónimo) . . . . ,, 10.00
66.—El Increíble Fray Servando, por Alfonso Junco . . . . ,, 10.00
67.—Los Hospitales de México y la Caridad de don Benito, por Francisco Santiago Cruz . . . . ,, 8.00
68.—Melchor Ocampo, por Mario Mena . . . . ,, 4.00
69.—Doña Eulalia, El Mestizo y otros temas, por Alfonso Trueba . ,, 3.00
70.—Fray Sebastián de Aparicio, por Conrado Espinosa . . . . ,, 12.00
71.—Luis G. Osollo, por Rosaura Hernández Rodríguez . . . . ,, 4.00
72.—Tata Vasco, Un Gran Reformador del siglo XVI, por Paul L. Callens, S. J. . . . . ,, 8.00
73.—Santa Anna, Aurora y Ocaso de un Comediante, por José Fuentes Mares (2a. Edición) . . . . ,, 12.00
74.—Fray Margil de Jesús, Apóstol de América (3a. Edición), por Eduardo Enrique Ríos . . . . ,, 12.00